

NOTAS DE LIBROS

DEETZ, James: *In Small Things Forgotten. An Archaeology of Early American Life* (Nueva York: Anchor Books, 1996), 285 pp. Segunda edición ampliada y revisada.

Hace ya tiempo que en el ámbito angloamericano los antropólogos y los historiadores del mundo moderno y contemporáneo han descubierto que *the pots may tell another story*¹ y ¿por qué no? *another History*. El libro de Deetz, un clásico en Estados Unidos en el ámbito de las Ciencias Sociales, es quizá el paradigma del concepto amplio y heurístico del estudio que cabe aplicar a los objetos materiales. Referencia para antropólogos, arqueólogos, historiadores y sociólogos, es una obra clave en la cultura material como disciplina, que Anchor Press ha decidido reeditar en 1996. Pero no nos encontramos ante el mismo libro que vio la luz por primera vez en 1977: el cambio fundamental (y así se hace constar) se refiere al pasado afroamericano. La investigación sobre este grupo ha cobrado especial auge desde la primera edición². No es una arqueología cualquiera, sino una claramente beligerante, con un gran eco social³, precisamente porque aquí, como demuestra Deetz, «los cacharros nos cuentan otra historia».

Deetz es profesor de arqueología histórica en la Universidad de Virginia, ha impartido clases en diversos centros (Berkeley, Brown), tras realizar sus estudios en Harvard, donde también obtuvo el doctorado. Forma parte de un grupo de investigadores que Schlereth⁴ ha descrito como «intrigados por la idea de estudiar el (quizá único) potencial explicativo de la evidencia material como significado cultural», una idea que a este lado del Atlántico han recogido con fortuna, entre otros, autores como D. Miller, M. Johnson o I. Morris, para abordar el análisis de períodos históricos y sociedades muy diversas. El objetivo último, en todos los casos, se trate del período y de la adscripción teórica que se trate, es desarrollar todo el poder explicativo de los artefactos y profundizar en el conocimiento del ser humano, puesto que «la cultura material no es un mero reflejo del comportamiento humano, es una parte del comportamiento humano»⁵. Con unas perspectivas teóricas tan amplias, llama la atención,

¹ Jonathan LAST, «The nature of history», en Ian Hodder *et al.* (eds.), *Interpreting Archaeology* (Londres: Routledge, 1997), pp. 141-157.

² Mark P. LEONE *et al.*, «Can an African-American historical archaeology be an alternative voice?», en Ian Hodder *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 110-124.

³ Como la feminista: véase H. MOORE, *Feminism and Anthropology* (Oxford: Polity Press, 1988).

⁴ Mark SCHLERETH (ed.): *Material Culture. A research guide* (University of Kansas Press, 1985).

⁵ FERGUSON (1977), *cit.*, en SCHLERETH, *op. cit.*

sin embargo, que la mayor parte de los investigadores en América se hayan propuesto desentrañar la historia de Estados Unidos; «comprender el pasado americano» (como el propio Schlereth en *Artifacts and the American past*) es la meta que aparece en muchos trabajos, que contrasta con el «comprender al ser humano» que se propondría el antropólogo, o «comprender el pasado del ser humano» del historiador/arqueólogo, por muy local que sea la base empírica de la que parta. Sin embargo, muchos de los estudios (y el de Deetz especialmente) van más allá de lo que en principio parecen pretender (un libro sobre «arqueología histórica de Nueva Inglaterra», p. XI) y acaban ofreciendo una marco teórico mucho más amplio para la comprensión del vínculo entre el ser humano y sus producciones materiales. El propio Deetz es consciente de ello (sin duda a raíz de la repercusión de su obra fuera de las fronteras nacionales): el título del libro en 1977 era *In Small Things Forgotten: The Archaeology of North American History*. La edición de 1996 ha condenado a subtítulo de contraportada la segunda parte del enunciado, ahora transformada en *An Archaeology of Early American Life*. El cambio es algo más que formal: el contenido conceptual de las «small things» ya no es equivalente a la Historia de América. Su propuesta trasciende el ámbito de los E.E.U.U., aunque parte de una base que sigue siendo el reflejo material de la «early american life».

Desde un punto de vista general, la obra de Deetz propone una revisión de la Historia de Estado Unidos desde los orígenes a 1830, que el autor divide en tres fases que nada (o muy poco) tienen que ver con la partición *evenemencial* y política que se había mantenido hasta entonces. La clave, lo que hace del libro una obra tan recomendable, aquello que le permite revolucionar la interpretación del pasado americano, es el enfoque teórico: se trata de elaborar un «modelo histórico cognitivo», como explicó el autor en un artículo previo (punto de partida para *In Small Things...*), y para ello, nada mejor que los objetos de la vida cotidiana: «no leas lo que hemos escrito; mira lo que hemos hecho» (p. 260). Es necesario subsanar (o equilibrar) el predominio del lenguaje⁶, el *logos*, con la forma particular de *graphé* que es la cultura material. La influencia de la antropología cognitiva y simbólica de los 60 y 70 (el período en que se gesta el libro) se deja notar; de hecho, la historia cultural que presenta está mucho más basada en la antropología que en cualquier otra ciencia social. Deetz descubre que el verdadero cambio opera entre 1760 y 1800 (Fase Georgiana) y supone el salto de la mentalidad medieval a la moderna. Realmente la revolución y la guerra —los sucesos políticos— tuvieron un impacto imperceptible, o casi, en la mentalidad, que siguió siendo, antes y después, mucho más semejante a la británica de lo que se había pensado. El autor prescinde de la voz de los políticos, filósofos y escritores contemporáneos y acude directamente a la de aquéllos que han utilizado el lenguaje de lo material: «no nos han dejado escritura —dice Glassie⁷— pero nos han dejado todas estas casas». A partir de todas «estas casas» (y todas estas cerámicas y vidrios y lápidas y pipas) reconstruye Deetz no «another story», sino «another History». Demuestra, en fin, como quieren los posmodernos (sin serlo él), que existen diversos pasados, distintas historias, «voces alternativas y mudas»⁸ que es necesario rescatar de su postergación.

⁶ Gavin LUCAS, «Interpretation in contemporary archaeology: some philosophical issues», en Ian Hodder *et al.* (eds.), *op. cit.*, pp. 37-44.

⁷ J. GLASSIE, *Folk Housing of Middle Virginia* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1975).

⁸ LEONE *et al.*, *op. cit.*

El libro tiene dos partes principales: la dedicada al pasado angloamericano (capítulos 2 al 6) y la que se ocupa del pasado afroamericano (capítulos 7 y 8). La primera parte se centra en la zona de Nueva Inglaterra y la segunda en la de Chesapeake, donde el autor viene desarrollando su trabajo últimamente. El primer capítulo es una introducción a las especiales características de la arqueología histórica, sus problemas y su método, pero es también su defensa como disciplina. El último capítulo resume las principales tesis de la obra. Al acabar el libro, el lector llegará a la conclusión de que el primer capítulo sobra: ha quedado perfectamente demostrada la necesidad del estudio de la cultura material para entender cualquier sociedad, sea del período que sea.

Dentro de la parte dedicada a la cultura angloamericana, la estructura puede parecer, a primera vista, que no difiere mucho de cualquier manual de arqueología positivista: la cerámica (capítulo 3), las necrópolis (capítulo 4), los asentamientos (capítulo 5), aunque ocultos bajo títulos bastante más sugestivos: «all the earthenware plain and flowered», «I would have the howse stronge in timber», «remember me as you pass by». Los epígrafes no son mera anécdota: se trata de frases extraídas de la documentación de la época, del lenguaje —de la mentalidad— de los americanos de los siglos XVII, XVIII y XIX. Se trata de obtener una visión cognitiva del pasado a través de la cultura material y para ello es imprescindible recurrir a las categorías de ese pasado, del contexto, pero ello no significa hacer historia interna, adoptar el punto de vista del objeto de estudio. Es, también, una sutil toma de partido contra las generalizaciones, la historia escrita «hacia» en vez de «desde».

En «El pasado angloamericano» (cap. 2) el autor explica los cambios que se advierten a lo largo de los tres siglos que trata la obra. Lo fundamental es la interpretación del cambio que se produce en la mentalidad a mediados del siglo XVIII. Frente a lo que la historia política nos pudiera hacer pensar, las décadas centrales de la centuria son un período de «reanglización», América es culturalmente mucho más semejante a Gran Bretaña de lo que lo había sido en los 150 años previos. El cambio de mentalidad aparece claramente reflejado en la influencia renacentista, que cambia la cosmovisión medieval e introduce a las Colonias en la modernidad, en la cosmovisión denominada «georgiana»: frente al desorden medieval, la simetría moderna, propia de un mundo racional y científico como es el Siglo de las Luces. La idea de «georgianización» fue expuesta previamente por Glassie⁹, pero Deetz la lleva a sus últimas consecuencias, al introducir todos los aspectos de la vida material y mental en el proceso.

En el tercer capítulo Deetz recurre a los conceptos de función socio-técnica, ideotécnica y tecnómica, inventados por el padre de la Nueva Arqueología, Lewis Binford, para explicar la cerámica. Aparte de lo discutible de la división para la arqueología en general, el análisis del autor es lo suficientemente profundo para que hubiera podido prescindir de tales términos. Cuando se refiere a las casas, por ejemplo, mezcla continuamente las funciones simbólicas, sociales y propiamente tecnológicas —como mezcladas están en la realidad—, sin que ello desmerezca la interpretación, sino todo lo contrario. La diferencia entre los factores sociotécnicos y los ideotécnicos no es nada evidente: así considera Deetz un elemento de tipo social el que la posesión y exhibición de cierto tipo de loza sirviera para demostrar el *status* de la familia dueña ¿no es un uso simbólico, también, del objeto? ¿o es que lo simbólico debe reducirse a lo religioso, según parece desprenderse del ejemplo que ofrece

⁹ *Op. cit.*

de uso ideotécnico (la influencia del puritanismo en la decoración cerámica)? El propio Deetz reconoce que la exposición de los platos en el salón de la casa tenía una «significación ceremonial». Salvando esta polémica distinción, el estudio de la vajilla como testigo de la mentalidad es más que clarificador: el cambio de 1760 viene dado por una transformación en la cerámica (nuevas formas, incremento de su uso): orden, control, equilibrio, individualidad son algunos de los rasgos que se advierten con la «georgianización», tanto en los platos y tazas como en los edificios y los basureros. Se pasa de la utilización medieval de un recipiente por varias personas a la moderna de un plato por persona (de lo orgánico a lo simétrico).

El capítulo que Deetz dedica a las estelas funerarias es especialmente conocido por el uso que hace de la seriación. Pero el interés de su análisis supera el hecho metodológico (como debería suceder siempre). La sucesión estilística de los diseños de las tumbas (la calavera alada, el ángel y el sauce) es un claro índice de los importantes cambios que se producen en la religiosidad de los habitantes de Nueva Inglaterra. La calavera resulta más adecuada para la religiosidad puritana, temerosa de la idolatría, que la antropomórfica figura de un ángel, mientras que ésta predomina en un período (*The Great Awakening*) en el cual el individuo se ve involucrado en lo sobrenatural personalmente. El sauce, por su parte, alude a una despersonalización de la muerte que indica la secularización de la religión (nos encontramos ya en la segunda mitad del siglo XVIII). En la elección de los símbolos influyen multitud de factores —analizados a lo largo del capítulo— no hay que pensar en una adopción ciega y masiva, una moda aceptada mecánicamente: depende de la adscripción social del individuo, de su procedencia geográfica, de sus conocimientos, del lapidario, etc. Por debajo de las corrientes generales, las largas duraciones que identifica el arqueólogo, existen multitud de percepciones y decisiones particulares. Especialmente revelador de cómo la mentalidad se manifiesta en los objetos es el estudio de las lápidas de afroamericanos: el hecho de que su diseño coincida con el de las tumbas infantiles descubre claramente la concepción que los señores blancos tenían de sus esclavos negros. Como tendencia general en la sociedad angloamericana, se advierte que a la vez que cambia la vajilla, cambia también la forma de disponer a los difuntos: la tumba se vuelve individual, como se vuelve individual el plato en el que se come.

Quizá el capítulo más interesante es el que Deetz dedica a las casas, sobre todo por la posibilidad de aplicación del método a cualquier tipo de arquitectura popular. El estudio antropológico, arqueológico o etnoarqueológico de la vivienda ha cobrado especial auge en los últimos años¹⁰, impulsado, entre otros factores, por los análisis estructuralistas de la arquitectura vernácula desarrollados en el ámbito anglosajón¹¹. Gracias a la aplicación de las teorías de Lévi-Strauss y la gramática generativa, Glassie¹² consiguió superar la visión histórico-artística tradicional y abrir unas posibilidades sin límite a la investigación. El capítulo 4 sigue muy de cerca las teorías de este historiador-antropólogo y es el más estructuralista de los capítulos, aunque lo enriquece la experiencia personal del autor. Comienza el capítulo con un buen aviso para los

¹⁰ Véase sobre todo Susan KENT (ed.), *Domestic architecture and the use of space. An interdisciplinary cross-cultural study* (Cambridge University Press, 1990).

¹¹ Dell UPTON y John Michael VLACH (eds.), *Common places: readings in American vernacular architecture* (Athens: University of Georgia Press, 1986).

¹² *Op. cit.*

materialistas a ultranza: la economía juega un papel fundamental en el paso de las primeras viviendas dehebles a las más sólidas en Virginia, pero la «fuerte motivación religiosa» hubo de tener, en opinión de Deetz, un papel importante en dicha transición (sin esa motivación quizá el paso hubiera tardado más en producirse o se hubiera producido de otra forma). Las viviendas pueden relacionarse fácilmente, desde un punto de vista cultural, con las tumbas: en ambos casos se observa una progresiva regionalización y aislamiento de las fuentes inglesas de inspiración, aislamiento que, como en el caso de la vajilla, se invierte durante el siglo XVIII, aunque la forma de organizar el espacio y de crear volúmenes habitables no dejó nunca de ser inglesa. La relación entre esclavos o criados y señores resulta bien visible en los edificios: la tendencia general es a la separación de unos y otros, según se advierte en la documentación de la época, pero también en la aparición de cocinas separadas del núcleo de habitación familiar.

Sin embargo es nuevamente en el análisis de la «georgianización» donde los datos vuelven a coincidir con asombrosa exactitud: «al mismo tiempo que en Boston los canteros estaban grabando los primeros querubines en la parte superior de las lápidas funerarias, las primeras casas georgianas se empezaban a construir en la ciudad». La casa georgiana tiene una entrada que separa dos conjuntos de dos habitaciones cada uno; hay una clara bilateralidad y equilibrio en cada elemento de la casa. Nuevamente, como en el caso de las estelas, la adopción del modelo tiene diversos orígenes. En algunos casos, como la granja Mott (Portsmouth, Rhode Island), la asimilación del modelo «moderno» es meramente superficial; se recurre a ciertos elementos externos para recubrir una estructura de estilo medieval (algo que, como podemos observar actualmente en nuestro país, no es un fenómeno único). Estamos, por consiguiente, ante un proceso complejo y diverso, no hay una sola percepción del estilo, ni una sola forma de aplicación, no hay reglas universales en la moda (entendida en sentido cultural). Pero el aspecto clave de la arquitectura georgiana es el cambio en las relaciones familiares. Alguien que entrara en una casa del nuevo tipo se encontraría en un *hall* sin calefacción y sólo vería puertas, tras las cuales la familia lleva a cabo su vida cotidiana. La percepción de la vivienda (obsérvese la similitud con las recientes corrientes fenomenológicas en arqueología) ha sufrido una sustancial transformación y con ello la percepción de las relaciones familiares. No sólo se aísla la familia del exterior, sino sus miembros los unos de los otros. Un fenómeno similar se ha observado en el estudio de la *arqueología de la electricidad*: el hecho de disponer de luz individual en cada habitación, reduce el tiempo de vida común del grupo doméstico (antes centrado en torno al foco principal de iluminación, en la cocina o en un salón). El avance del nuevo estilo, como en la cerámica y las tumbas, se produce en dirección de la ciudad al campo, de las clases ricas —como señalaba Adam Smith— a las clases pobres, pero en cada grupo y en cada momento hay una reelaboración de los elementos, una redescipción, y no una mera copia (debido a la torpeza o falta de comprensión de las clases populares) del modelo puro.

El análisis desarrollado es similar cuando se trata de otras «cosas pequeñas»: cubiertos, sillas, música, basura, etc. La mirada de Deetz transforma cuanto alcanza: en la basura descubre el autor un cambio cultural, pues también en los desechos interviene la idea de sociedad¹³: de tirarlos a la puerta y alrededor de casa a arrojarlos

¹³ Ian HODDER, «The meaning of discard: ash and domestic space in Baringo», en Susan Kent (ed.), *Method and theory for activity area research: an ethnoarchaeological*

en vertederos va la misma distancia, por lo que a mentalidades se refiere, que de la Edad Media al mundo actual. Incluso en un acto inconsciente como éste, «nuestros ancestros nos informan una vez más del modo en que su visión del mundo se estaba transformando» (p. 172). Siguiendo «con las pequeñas cosas», donde un anticuario ve una silla georgiana, Deetz observa un símbolo de poder, un signo de dominación masculina y de jerarquía y, nuevamente, un cambio de mentalidad hacia el mundo moderno, ordenado, racional y simétrico. Así, elemento por elemento, y todos ellos interactuando, interrelacionados en la gramática material de la cultura norteamericana, el arqueólogo descifra el lenguaje de los objetos, con agudeza hermenéutica revela un pasado desconocido. La lúcida mirada del autor es parangonable a la de Braudel en Europa con su *Capitalismo y vida material*, aunque la obra del americano por su brevedad, no alcanza las profundidades del maestro francés. Sin embargo, recurren a fuentes muy semejantes: las casas, la comida, la basura, etc. Se puede comparar, asimismo, la revolución americana (la de la cultura, no la política), con la revolución copernicana de larga duración de Kuhn¹⁴, en ambos casos se produce el alumbramiento de una nueva cosmovisión, de una redescipción del mundo; como la gente de Kuhn que se encuentra a sí misma un día hablando en términos galileanos, los angloamericanos de Deetz acaban asimilando y utilizando el lenguaje del Renacimiento (de la modernidad). Y ese gran cambio de la mentalidad durante el siglo XVIII es también, en fin, un cambio de relación entre las personas y su cultura material: «cuando el carpintero que remodeló la casa Mott contempló con satisfacción su trabajo, cuando William Rand de Kingston, Massachusetts, encargó 'una docena de platos azules y blancos de China', cuando Ebenezer Soule puso el cincel en la losa y grabó el primer querubín, y cuando Wade Ward de Independence, Virginia, tocó por primera vez las cuerdas y cogió el banjo de una forma nueva, todos estaban respondiendo *de una forma inconsciente*¹⁵ a las necesidades materiales de un mundo cambiado» (p. 85, la cursiva es nuestra).

Hay varios puntos en los que coincide la arqueología de Deetz y la arqueología y antropología posmodernas, en la línea *suave* de Geertz y Hodder: quizá entre los más evidentes se cuente el papel del individuo y la agencia. Deetz es capaz de presentarnos una evolución global de la sociedad americana desde el siglo XVII sin que por ello los individuos queden reducidos a meros engranajes de un mecanismo ciego. Los individuos actúan, existen como tales, pero la sociedad no queda diluida en infinitas singularidades, en una mera suma de individuos: el capítulo 7 («Parting Ways») está dedicado a una pareja afroamericana y su casa que han vivido el tránsito de la esclavitud a la libertad. A través de la vida de dos personas, conjugando la información material y la escrita, Deetz es capaz de recuperar la memoria de todo un grupo olvidado sistemáticamente por la historiografía tradicional. También los ejemplos que abren el primer capítulo y sirven de introducción al libro son singularidades, a veces con nombre y apellidos. No por ello es menos social la historia de Deetz: se opone frontalmente a la historia de los personajes, a excavar determinado sitio porque cierta

approach (Nueva York: Columbia University Press, 1982), pp. 424-448; id., *Interpretación en Arqueología: Corrientes actuales* (Barcelona: Crítica, 1994).

¹⁴ Thomas KUHN, *The Copernican Revolution. Planetary Astronomy in the Development of Western Thought* (Cambridge: Harvard University Press, 1957).

¹⁵ La alusión a las estructuras inconscientes es otro rasgo estructuralista en el autor.

persona importante vivió allí en determinado momento (el sinsentido de afirmar «ésta es la bañera de Telémaco» que decía Snodgrass¹⁶). Toda la arqueología es *histoire de longuée durée*, estudia colectividades y cambios a largo plazo¹⁷. Cada ejemplo del autor es a la vez un *unicum* y un paradigma. A Deetz (cap. 2, p. 38) le interesa la vida que es común a toda la gente.

Es igualmente relacionable el autor con las corrientes post-procesuales en arqueología por su propuesta contextual (denominada *thick description* entre los estudiosos de la cultura material, según el término acuñado por Geertz). La obra de Deetz es el culmen de la contextualidad (juega con ventaja); su visión del período 1660-1760 y lo que significa de cambio se basa en un volumen enorme de información procedente de todos los ámbitos, unos matizan a otros o se complementan, todo lo cual colabora para dar una solidez envidiable a sus teorías. El autor quiere acercarse al significado de los objetos (en el sentido apuntado por Schlereth) y el significado de las cosas sólo puede ser aprehendido si los contextos de uso son considerados, si se tienen en cuenta las diferencias y semejanzas entre las cosas¹⁸. No menos posmoderna es la deuda que Deetz tiene con el estructuralismo, lejano ya del de Lévi-Strauss (que recibe de segunda mano) y más próximo al de los post-estructuralistas. La introducción a *In Small Things Forgotten* es un agradecimiento sin reservas a la influencia que en el autor ha tenido el estructuralista ortodoxo Glassie, de quien reconoce haber hecho «libre uso de sus muchas ideas» (y a quien dedica el libro). Ya hemos señalado como posmoderna su visión de un pasado múltiple, con diversas voces (algunas de las cuales han sido calladas, por lo que a la arqueología corresponde rescatarlas).

Pero quizá uno de los rasgos más sobresalientes en este sentido sea su particularismo histórico: la obra es claramente historicista, es Historia de la Cultura, busca el matiz, el detalle, cada rasgo es necesario e importante para redescubrir el pasado. Weber y Collingwood estarían de acuerdo con su forma de hacer historia. Deetz consigue transmitirnos lo que Shanks denomina «dolor humano de la historia». Su relato nos habla ciertamente de la muerte y la decadencia (véase el capítulo 7). Consigue transmitirnos su poder empático y hacernos sentir a través de los objetos ese «dolor de la historia». Los artefactos, como dice Last¹⁹ nos cuentan una «historia humana», que, por lo tanto, nos tiene que ser cercana. Para lograrlo, Deetz recurre también al estilo en la escritura como herramienta indispensable en su exposición del pasado (algo también muy posmoderno), lo que contribuye en no poca medida a hacer de la lectura algo apasionante. Volvamos al capítulo 7 para observar un buen ejemplo del estilo del autor: «Pero Cato era diferente de la mayor parte de sus contemporáneos tanto en el ejército como en su hogar en Plymouth, Massachussets. Cato Howe era negro». Y ahí exactamente se encuentra el «dolor humano de la Historia». Deetz es el publicista que necesitaban las ideas de Glassie para hacerse populares, más allá del ámbito de los estudios de arquitectura vernácula.

La dedicación de dos capítulos a la arqueología afroamericana es el pago de una deuda que no acaba de ser saldada entre la mayoría blanca y la minoría negra en

¹⁶ Anthony SNODGRASS, «Arqueología», en Michael Crawford (ed.), *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua* (Madrid: Taurus, 1986), pp. 149-196.

¹⁷ Ian HODDER (1994), *op. cit.*

¹⁸ Ian HODDER (1994), *op. cit.*

¹⁹ Jonathan LAST, *op. cit.*

Estados Unidos. La arqueología, además, ha sido considerada como parte de la «mitología blanca», en palabras de Derrida, usada para imponer los valores occidentales sobre todas las culturas²⁰, un auténtico colonialismo intelectual. Su interés por proponer una historia diferente recuerda, en buena medida, la línea foucauldiana del poder y la ideología: su arqueología deconstruye el discurso del poder (la historiografía WASP) pero no llega al neomarxismo militante de Leone, influido por la teoría de la comunicación de Habermas. Deetz reivindica las huellas africanas de la cultura estadounidense en la arquitectura, la comida y el mobiliario; el registro no refleja los mismos cambios que el angloamericano, ni debería —dice. Son dos realidades culturales diferentes que se rigen por diferentes normas. Las personas de origen africano consiguieron reproducir parcialmente su mundo en América, su organización, su forma de disponer de la basura, de construir sus casas. Hay asombrosas similitudes entre la cerámica afroamericana y la de Ghana o Nigeria, por ejemplo. El problema radica en que, como los objetos nos son familiares, la diferencia se nos oculta. Es necesario —como decía Durkheim o mantiene Bourdieu— cultivar la extrañeza, deshacernos de las *praenotiones* y con la observación, profunda y a la vez distante, de los objetos conseguir que la diferencia se ponga de relieve.

Aunque en menor medida que Leone, que busca hacer presente del pasado e involucrar ambos en una propuesta práctica, Deetz intenta demostrar que las trazas de África no son todas trazas muertas, si bien es necesario reconocer que el mundo afroamericano actual es mucho menos herencia del de fines del siglo XVIII que el angloamericano: habría sido necesario —a nuestro parecer— incidir más en la anulación de una cultura por la otra, en los mecanismos de sumisión de una y de resistencia de la otra, en la dialéctica, en fin, del proceso²¹. La visión es más bien la de Estados Unidos como «el mundo que han hecho juntos»²²: se ha producido un mestizaje cultural, una interacción de ambos grupos. Lo que no habría que olvidar es que se ha producido entre un grupo dominante y otro completamente dominado, en una situación de desigualdad mucho mayor (sobre todo numéricamente), que la de América latina entre europeos e indígenas, por ejemplo, donde la participación de ambas partes está más equilibrada. En todo caso, es la arqueología y no el registro escrito la que nos llevará a contemplar un mundo nuevo que «ha hecho una contribución vital a la cultura de *todos* los americanos tal y como la conocemos hoy» (p. 252, la cursiva es nuestra).

Debe destacarse también en Deetz la interesante lectura que hace de los textos: su mirada arqueológica desvela datos de sumo interés donde la mayor parte de los historiadores pasarían rápidamente: como macabro ejemplo, gracias a la descripción del suicidio de una mujer en el siglo XVII (que se cuelga de una viga), puede Deetz adivinar la estructura del techo de las casas de la época. Su incitación a observar los objetos y no leer las fuentes es, naturalmente, una declaración simbólica: la cultura material cuenta otra historia (pero los documentos ayudan mucho a darla a luz). Lle-

²⁰ A. B. KEHOE, «Contextualising archaeology», en A. L. Christenson (ed.): *Tracing Archaeology's Past: The Historiography of Archaeology* (Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 1989).

²¹ En este sentido véase Mark LEONE *et al.*, *op. cit.*

²² Mechal SOBEL, *The World They Make Together: Black and White Values in Eighteenth-Century Virginia* (Princeton University Press, 1987).

va a cabo de esta forma una auténtica *Logoarqueología* de los primeros escritos americanos.

Son varias las críticas que cabe hacer a *In Small Things*. Así, se nota un vacío significativo en el tratamiento del género, algo que se debería haber subsanado en la nueva edición, como se ha hecho con la deuda racial: sin ser una historia androcéntrica, lo femenino queda demasiado diluido y carente de personalidad diferenciada dentro del relato. No existe una reivindicación de la mujer, de un pasado diferente, como se hace para los afroamericanos. ¿Existió igual para la población femenina el cambio del siglo XVIII? ¿Significó la modernidad lo mismo para ella? ¿Qué papel tienen en la concepción de lo femenino y el *status* de la mujer las nuevas casas georgianas o la generalización de la vajilla? Lo mismo se puede decir con otros grupos marginados de la historiografía oficial, como los niños y los pobres (excluidos los negros). El problema de la etnicidad, por otro lado, se reduce a la dicotomía de un pasado angloamericano y otro afroamericano ¿Qué hay de los franceses, alemanes, holandeses y españoles? El problema es que Deetz trabaja principalmente con el fruto de su labor de campo, donde no se advierten (o no se consideran relevantes en la interpretación global) estos problemas. Más grave aún es que no aparezcan en ningún momento los indígenas americanos ¿No resultan perceptibles en el registro? ¿No han aportado nada a la cultura norteamericana?

La visión romántica, falseada, de los «simples y sanos habitantes del campo» que se recoge en los museos de folklore local de Estados Unidos, su organización de ferretería y la visión única y meramente descriptiva del pasado se puede aplicar a los museos étnográficos de este lado del Atlántico. Es necesario mostrar el dinamismo de la cultura material dentro de la globalidad de la cultura, su uso simbólico y no sólo funcional, hacer menos catálogos y filiaciones de artefactos y más análisis hermenéuticos de la realidad física de la cultura. La obra de Deetz, en fin, debería ser leída, más que por arqueólogos, por historiadores y antropólogos. Para quienes tiendan a olvidar el extraordinario potencial de los objetos, *In Small Things...* les revelará su asombrosa capacidad para contar, si se les interroga adecuadamente, no solamente «otras historias» sino «otras Historias».—ALFREDO GONZÁLEZ RUIBAL.

SCHNEIDER, Marius: *El origen musical de los animales-símbolos en la mitología y la cultura antiguas. Ensayo histórico-etnográfico sobre la subestructura totemística y megalítica de las altas culturas y su supervivencia en el folklore español* (Madrid: Ediciones Siruela, Colección El Árbol del Paraíso, 1998), 507 pp.

De *modesto ensayo* tildó el propio autor, al final de la obra, esta reflexión sobre la relación entre representaciones animales y sonidos. Como punto de partida para su estudio utiliza los primeros tratados musicales hindúes que, ya desde el siglo IV d.C., se ocupan de música, teatro y artes en general, incluyendo descripciones precisas sobre la naturaleza del sistema tonal empleado. La estructuración en grupos tonales según el timbre de las voces origina un orden jerárquico con la suficiente potencia explicativa como para poder extrapolar este microcosmos zoológico-musical en ambos sentidos del tiempo: hacia la antigüedad mayor que hunde sus raíces en las culturas arcaicas y en dirección hacia el presente de nuestra cultura occidental, adonde llegarían por vía de Bizancio para extenderse en Europa durante la Edad Media.

Las oposiciones de carácter tonal se estructuran en escalas que rebasan las polaridades de simples parejas zoológicas para establecer un amplio marco de referencia cósmica en que multitud de entes: instrumentos musicales, partes del cuerpo humano, etc., se relacionan entre sí por asociación a una nota musical concreta.

En otro sentido, me resulta difícil aquí no recordar la conocida cita de Platón que constataba la aspiración de todo arte de convertirse en música. Nótese que los sonidos animales al ser codificados por el hombre como notas musicales adquieren un estatuto lingüístico, susceptible de ser estructurado en cantos o melodías sin perder capacidad simbólica primitiva.

Sin duda, en su aspecto histórico, estos desarrollos explicativos emulan las construcciones académicas lingüísticas facticias del tipo del *indoeuropeo* que, desde finales del siglo XIX, tuvieron en Alemania, la patria de Schneider, la ambición de explicar la génesis y difusión de gran número de lenguas y dialectos. Aportaciones como la de Meillet, por resumir en un solo nombre los logros de toda una escuela, han sido decisivas para la ciencia.

Hoy día, el *indoeuropeo* está plenamente admitido como recurso, con un estatuto similar al que pueden tener los *números imaginarios* en matemáticas. Son entes de razón científica sin representación real, pero de gran utilidad para dar cuenta de ciertos procesos que, de otra manera, aparecerían como simples rasgos dispersos en el maremagnum de hablas conocidas, o bien ausencias relevantes en la teoría de los números. El libro de Schneider creo que debe entenderse de igual modo: como ensayo, en el sentido en que emplean el término las ciencias de la naturaleza; como prueba en un modelo de comportamiento con una escala mucho más amplia.

Pero sin salirnos del marco de las ciencias sociales, las corrientes de difusión lingüística han servido y siguen sirviendo para establecer modelos etnográficos de asimilación y variación de rasgos culturales de cualquier orden: material o espiritual, como utensilios, herramientas, procedimientos artesanales, canciones, refranes o modos de pronunciación de determinado fonema.

Si tuviera que trazar los ejes de referencia cultural de este libro daría como centro de coordenadas *La filosofía de las formas simbólicas* de Ernst Cassirer (1923), publicado en Alemania durante el periodo de formación universitaria de Schneider —contaba entonces dieciocho años—, donde se manejan las mismas categorías de relación: lenguaje y mito, utilizando una retórica muy afin.

Creo que para quienes se sientan un poco desconcertados por el denso modo de exposición de Schneider en esta obra, una buena vía de acceso serían sus otras dos monografías, más breves y concisas: *La danza de espadas y la tarantela. Ensayo musicológico, etnográfico y arqueológico sobre ritos medicinales*, publicadas por el CSIC en 1948. Debo advertir que los múltiples encartes de esquemas y figuras ilustrativas que acompañan este libro requieren seguir las explicaciones muy detalladamente y poseer algunos conocimientos musicales, así como nociones de cultura hindú, lo que da como resultado que más que ilustraciones, los diagramas sean resúmenes gráficos de sus explicaciones.

Con este criterio de reconstruir paso a paso un proceso mental, más que asumir una descripción del fenómeno como hecho externo, habremos de leer este, en mi opinión, nada *modesto ensayo* que, por el contrario, resulta de una desusada penetración en el terreno de la historia del arte o de la etnografía, donde lo acostumbrado es ceñirse a pies juntillas al dato contrastado, dejando la especulación como enteco subproducto de lo irrefutable que aporta el documento. De este tipo de acercamiento

positivista ha nacido la plétora de catálogos y catalogaciones que nos invade desde hace unas dos décadas como reacción al derroche de palabrería huera que ha rodeado (y rodea, léanse si no ciertas secciones de crítica en la prensa diaria) el marco explicativo de la obra de arte. De otra manera y con otra retórica, tampoco se queda atrás la literatura sobre folklore y tradiciones populares, donde abunda la descripción sin encuadre estructural de ninguna clase y sin análisis de particularidades y diferencias que arrojen luz fuera del ámbito de procedencia del hecho investigado.

Pero ambas actitudes: la del dato por el dato y la de la palabra por la palabra, terminan por agotar la paciencia del lector; y el esquema, por ejemplo, para describir la carrera profesional de un artista llega a hacerse tan estándar que las circunstancias, las determinaciones geográficas y familiares podrían ser intercambiadas con las de cualquier otro colega coetáneo, sin llegar nunca a calar en lo que constituye lo original, lo valioso, aquello diferenciado que logra, mediante mecanismos formales, despertar el ensueño del espectador, o usuario si hablamos de arquitectura, convirtiendo su relación con la obra de arte en una vivencia que quiebra triunfalmente el carácter de simulacro que subyace a toda *representación*, convirtiéndola en un auténtico presente.

Marius Schneider fue el maestro e inspirador de Juan Eduardo Cirlot, quien trivializó no poco sus enseñanzas al forzar el trasplante de los marcos explicativos válidos para el folklore y las artes populares a la pintura y a la escultura contemporáneas. Valga como muestra su conocidísimo *Diccionario de símbolos*, publicado por la editorial Labor en 1969, fruto de un anterior *Diccionario de símbolos tradicionales*, aparecido en 1958 y que nace de una experiencia previa en el campo de la simbología. Hablo de *El ojo en la mitología, su simbolismo* (1954) que, para que nos demos cuenta del contexto social en que sale, diré que es un librito de propaganda médica publicado por Laboratorios del Norte de España.

El origen musical de los animales-símbolos tuvo mucha mayor fortuna editorial y, aunque publicado por el CSIC en 1944, se agotó tan rápidamente que, caso excepcional en obras que duran largo tiempo en existencia, ninguno de los empleados actuales recuerda haber visto un solo ejemplar en el almacén. Deduzco que, dado que los historiadores del arte no debían ser numerosos en aquellos días, bien pudo servir de inspiración a jóvenes artistas afines al círculo de Cirlot. Los orígenes del movimiento abstracto en España están plagados de motivos totémicos, prehistóricos o procedentes de la etnografía, más o menos elaborados, pero denotando un primitivismo con fuerte capacidad expresiva. Aludo a Millares, a Tàpies o a Joan Ponç. La obra de Schneider dudo que pasara desapercibida entre los creadores que, con inquietudes renovadoras, ya casi despuntaban en aquel erial de la autarquía. Como musicólogo, Schneider, ya afincado en España, colaboró con Manuel García Matos y José Romeu Figueras en la publicación del *Cancionero popular de Madrid*, para el que redactó el estudio introductorio.

La aplicación práctica de las teorías de Schneider se plasmó en los estudios de los capiteles de los claustros de San Cugat (o Cucufate, en español) del Vallés y de la catedral de Gerona. En el segundo caso, sin duda por el deterioro de las representaciones, no llega a ninguna conclusión definitiva, pero en el primero logró asociar los motivos esculpidos y su disposición con el himno del patrón del monasterio: San Cucufate. Con todo, respecto del grado de verosimilitud de sus explicaciones, Schneider no se hizo falsas ideas acerca de su carácter puramente teórico sin base documental. Al evaluarlas, dijo: «jamás podremos saber en qué medida son exactas nuestras inter-

pretaciones [...] pero es seguro que en esta época nada se creó artísticamente sin una ideología preconcebida y que las consideraciones puramente estéticas serán insuficientes para penetrar en la psicología del arte románico».

Y creo que así es como habría de leerse. La naturaleza del ensayo como método expositivo es consustancial a la simbología. En ambos el nexo del discurso con lo representado es convencional. Pero en esa arbitrariedad radica no poca de su eficacia. Hay un lenguaje para decir las cosas de modo explícito, pero el símbolo es una llamada a otro orden de comprensión, más íntimo y personal; renunciar a expresar las cosas en el modo explícito en que la naturaleza las presenta, puede derivar hacia otro tipo de experiencia de mayor hondura en el sentimiento. Las artes utilizan en su propio provecho su facultad de afirmar ocultando.

Esta posibilidad de que las cosas nazcan en el alma del lector o espectador *como* si le nacieran de modo espontáneo es la que explotan la pintura o la poesía. Por este motivo ya en otras ocasiones he rechazado de modo vehemente las reducciones del símbolo a tabulaciones del tipo del *lenguaje de las flores* o del *lenguaje del abanico* que colocan la representación visual en un estatuto análogo al del alfabeto morse. Creo que el talante con el que hay que acercarse al objeto artístico o etnográfico es muy distinto: hay que dejarlo expresarse en su contexto.

La indefinible sensación de la música en el oyente, en la que las notas carecen por sí mismas de valor si no es consonancia o proximidad con otras, ilustra muy bien lo que quiero decir. Sin embargo, la naturaleza ensayística del texto de Schneider no resulta pura especulación en el vacío. En el folklore encontramos ciertas áreas de comprobación para sus supuestos.

Al investigar recientemente en el área de la literatura popular, he encontrado en la pieza número 36 de *La colección de romances de ciego que perteneció a don Luis Usóz y Río* (1998) una asociación fácilmente documentable en fuentes medievales: el grillo y el león, que se vuelve inteligible al oponer los caracteres sonoros de sus gritos respectivos. El argumento del animal pequeño que vence al animal grande arrojándole un recipiente lleno de avispas o abejas que le pican y le derrotan está muy difundido. Tanto que constituye una de las entradas del catálogo de Aarne-Thompson, con el número 222, y en los *Cuentos populares españoles* de Aurelio Espinosa (1947) se encuadra en un amplio bloque: E) Cuentos de animales varios, donde figura en el epígrafe 246.

Una versión concomitante se encuentra en África oriental, integrada en el acervo cultural de los lúo, una etnia radicada en la zona norte de Kenia, a orillas del lago Victoria, adonde muy posiblemente llegaría por la vía de los árabes traficantes de esclavos, cuya influencia ha sido lo suficientemente intensa y duradera como para superponerse a las lenguas locales, de origen bantú, para transformarse en el swahili, esa *lingua franca* de uso general en la amplísima franja que va desde Etiopía a Tanzania y Zanzíbar. Pero en esta aparición africana la confrontación se realiza entre un elefante y una liebre (ver el cuento «Brain versus brawn», en *Keep my words. Luo Oral Literature*, de B. Onyango-Ogutu y A. A. Roscoe, Nairobi, EAP, 1992). Este cuento lo traduje al español para el número (n.º 90) que dedicó la revista *El Urogallo* a la literatura oral en Kenia, donde se imprimió con el título «Más vale maña que fuerza». El barrito del elefante y el esquema propuesto para la escultura románica es, pues, extrapolable, sin duda a causa de unos orígenes orientales comunes.

No quiero estampar el punto final sin poner de relieve la importancia de este ensayo dentro del panorama de las literaturas artística y etnográfica españolas, donde por su

originalidad y audacia, bien fundamentadas en un sólido saber de naturaleza interdisciplinar, creo que ha logrado un lugar entre los más sugestivos textos de este siglo a punto de terminar.—LUIS ESTEPA.

PITARCH RAMÓN, Pedro: *Cb'ulel: una etnografía de las almas tzeltales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997), 274 pp.

En Cancúc, pueblo de los altos de Chiapas, un muchacho de alrededor de doce años enferma. Su padre acude a un curador, en cuya casa se instala con su mujer y con su hijo. Comienza entonces una larga y compleja cadena de ceremonias terapéuticas que terminan con el paciente recuperado, el chamán al borde del delirio alcohólico y el observador, aprendiz y ayudante de éste, más sabio, sí, pero enjugándose el sudor de la desesperación.

Este acontecimiento, descrito en el capítulo final del trabajo de Pitarch, se muestra como el punto de condensación del sistema de creencias de este enclave, poblado en exclusiva por indios tzeltales y el que más conserva un tipo de vida a-mexicano. La enfermedad es preocupación básica de estas gentes, no por cierto por una suerte de hipocondría colectiva, sino porque la aflicción del cuerpo es el punto estratégico desde donde se reflexiona y actúa sobre un sí mismo cercado —al mismo tiempo que al margen de— por un mundo ajeno pero que entra por todos lados. Por la radio, por ejemplo, encendida todo el tiempo en todas las casas, que inunda los oídos con música ranchera y discursos de políticos. Discursos cuyos fragmentos se reproducen por las bocas de los cancuqueros en una de las pocas circunstancias en las que hablan castellano: con su corazón ardiendo por la embriaguez del aguardiente de caña de azúcar. Un fragmento que nos aporta Pitarch:

«Primera persona: .ja jich, *la desecrinación de la sociedad, eterna*, ma xu kuun, ma su... *se corteja, ¡fírmense!, izquierda derecha izquierda derecha izquierda derecha... porque cae agua...*

Segunda persona: *ta difícil, así está pues, comisión nacional, hijo chingada.*

Primera persona: *...desecrinación más eterna, desecrinación más natural, este país este mundo ya se muere ochenta, sesenta, kaxklanetik... ya sesenta por ciento, ochenta por ciento nivel agua...*

Tercera persona: *¡Qué bueno, qué bueno!, ya municipio... historia derechos pueblos indígenas... México... usos costumbre... es, pues...*

Primera persona: *...más natural, ya agua política, historia Cancúc, historia nivel mundo, nivel república, salió muy derecho que deuda externa, no, no, pregunto... ¿existe el alma?... ma sa jnoptik (no lo hemos averiguado)». Se habla castellano cuando se está borracho; se habla también al entrar en el territorio de lo sagrado. Este es un elemento central de la interpretación que se nos propone. Lo castellano, no sólo la lengua, es el margen, pero un margen muy peculiar, un margen que anida en el corazón mismo —y esto, veremos, no es una figura de este comentarista— de los cancuqueros. Para entender lo dicho hay que acudir a su noción de «persona» y al peso que ésta tiene en sus vidas.*

Que uno es Uno, es decir, unitario y en relación tautológica consigo mismo, es una concepción muy reciente en la vida de la humanidad; los propios griegos se veían escindidos en tres tipos de almas. Como muestra Mauss, nuestra categorización de lo

que somos tiene una historia que une las máscaras del teatro romano, los albores del derecho, la idea cristiana de salvación, el individualismo burgués. Pero este sentido común se ve ya amenazado: desde comienzos de siglo, el psicoanálisis y las ciencias sociales han puesto en crisis ese Sujeto al que Descartes había terminado de dar su estatuto de realidad suprema. La multiplicidad interna del individuo ha sido recogida de una u otra manera por distintos pueblos. Lo sorprendente en el caso que nos ocupa es que esa estratificación del sujeto se produce de manera que lo más interno es en verdad lo más externo. «Yo es otro» —la anticipación que Rimbaud hacía de lo que Freud, Durkheim o G. H. Mead dirían décadas más tarde—, es lo que ha sido puesto en escena por la noción tzeltal.

En efecto, en el individuo se contraponen «cabeza» a «lo dado», a su natural. La primera, *tabula rasa* hecha de la experiencia, del aprendizaje; categorización que se corresponde con el hierático control corporal, gestual, vestimentario..., con la repugnancia a que los secretos de familia se conozcan fuera de ella, con la oposición entre una impecable apariencia externa y el caótico desorden entre cuatro paredes del ámbito doméstico, con las pautadas formas que asume la borrachera.

Lo dado, aquello con lo que se nace, no es harina de un solo costal. Hay, primero, el «ave del corazón» (gallina o gallo *de Castilla*, dato clave de la interpretación), principio vital no individualizante, encandilable entidad que puede ser alejada del cuerpo, cazada, asada y comida por otras entidades espirituales. Hay también el *ch'ulel*, sombra de forma humana, que sí establece la idiosincrasia de las personas. Hay por último los *lab*, suerte de demonios íntimos de diversa especie (animales de todo tipo, serpientes con cabezas de herramientas, accidentes meteorológicos, «dadores de enfermedad» —curas católicos y los más recientes músicos evangélicos, escribanos, etc.—); la naturaleza de estos *lab*, que pueden llegar a trece en un mismo individuo, aunque le otorguen poderes y peligros, no es conocida por su poseedor, que a lo más puede aventurar conjeturas al respecto.

Esta estratificación espiritual no se detiene aquí. El *ch'ulel* tiene un doble que habita en el interior de una de las cuatro montañas que le corresponda según su fratría. Se teje así una espeleología barroca que en buena medida hace depender la suerte de los hombres de las querellas, los juicios y castigos, que protagonizan allí las almas, una suerte de platonismo invertido por el que las sombras de la caverna son la realidad más fundante. Los *lab* asimismo tienen sus dobles que rondan por el mundo; sus vicisitudes son también fuente de peligro, ya para su contraparte personal, ya para el resto de los cancuqueros. Algunas versiones multiplican la duplicación: las almas que habitan las montañas mágicas tienen a su vez *lab*. Los *lab* que deambulan por el mundo encierran una sombra de perfil del individuo con el que están vinculados. El triángulo así esbozado, sin embargo, está ausente de la preocupación de los cancuqueros.

Ahora bien, si el principio animal de los individuos es extranjero, o más precisamente «de Castilla», si el *ch'ulel* muestra una y otra vez idéntico origen —como cuando se está borracho, como veíamos antes—, si los *lab* también lo son, con esa sucesión de curas católicos, pastores evangélicos, maestros, serpientes con herramientas en el lugar de cabeza, etc., lo mismo ocurre con las montañas que albergan a los dobles de los cancuqueros. En efecto, desde los asientos donde sus autoridades se ubican para impartir justicia a las almas hasta los últimos adelantos de la civilización ajena de las que éstas allí disfrutaban, son eso, ajenos.

Este laberíntico edificio se nos presenta como la interiorización de la historia colonial y poscolonial, como la resolución mítica de la sucesión de dramas vividos por

los indígenas. Los evangelizadores sufrían por la dureza de corazón de los indígenas que se negaban a abrirlo a la Palabra que estos traían. Los nativos han respondido entregándolo. La máxima resistencia es la ausencia de resistencia. El acto mayor de descolonización es la total colonización.

El proyecto primero de Pitarch era estudiar los ceremoniales públicos y los relatos mitológicos cancuqueros. A poco de trabajar en el campo, sin embargo, cayó en la cuenta de que este abordaje era poco conducente: ni los indígenas tenían mucho que decir al respecto, ni —lo más importante— estos modos narrativos decían mucho sobre los indígenas. La alternativa fue un núcleo de cuestiones que sí estaban en el centro de la preocupación indígena, al mismo tiempo que se mostraban como un plano estratégico de su visión y de su construcción de sí mismos: los rituales terapéuticos privados y la concepción de persona en la que se insertan y operan. Hemos visto en forma telegráfica el producto de esa opción. Pero además de la información directa que el libro nos proporciona, además de esta etnografía de la etnografía que los cancuqueros han elaborado de su otro y por lo tanto de sí mismos, están las vías por las que el autor ha llegado a este producto y también —quizás lo más relevante— las que ha evitado tomar. Para quienes son ajenos a la región estudiada, como el autor de esta reseña, tal vez sea este aspecto el más perdurable, el que más enseñanzas deje.

Ante todo, Pitarch es consciente de que la sistematicidad del sistema, su completitud y su coherencia, es más que nada una exigencia suya o, mejor, del discurso disciplinario al que debe(ría) servir. Escapar a esa inercia ha sido para el autor ceñirse a la voz del otro. Su escritura pretende acomodarse a la forma en la que sus «objetos» piensan y hablan: no presentando una trama íntegra y articulada, sino fragmentos que operan unos como metáforas o índices de los otros. Se nos brinda la teoría indígena del mundo con la propia lógica discursiva de ésta.

No hay, sin embargo, la pretensión de haber aislado el brillo de una sabiduría ejemplar —la actitud de un Griaule, de un Bastide o, ya en plan caricaturesco, de un Castaneda—. El saber del que Pitarch nos informa es intransferible, de difícil traducción, de porte nulo fuera de las fronteras del grupo. De todos modos, la figura resultante, de la que líneas atrás he hecho sólo un esbozo mínimo, es fascinante. No sólo o no tanto por la fuerza imaginativa, el esplendor poético o la anticipación de nuestras actuales concepciones, sino más bien porque dice y hace algo, produce un efecto de sentido que estructura el mundo cancuquero y lo hace vivible y operable. Más aún, diseña la estrategia nativa en una fórmula condensable en la enajenación de sus entrañas a cambio de mantenerse siendo quienes son.

El cambio de tema de Pitarch lo apartó en buena medida de la imagen que los nativos tienen sobre qué es lo que interesa a los antropólogos, al igual que a los turistas o a los funcionarios del Estado mexicano. A todos ellos les importan las costumbres de los pueblos indígenas; por eso se entusiasman por las ceremonias públicas llevadas a cabo en las iglesias y en las plazas. Yace aquí una de las grandes paradojas que este libro devela, porque lo que a ojos ajenos es lo más propio, a ojos propios es lo más ajeno. La tradición, lo dado, es producto de la conquista y de la colonización; son cosas de castellanos que a castellanos interesan. De hecho, el libro nos muestra cómo los espacios públicos destinados a las ceremonias «tradicionales» son una suerte de metáfora del corazón ajeno de los nativos.

Abandonar el espacio público, central, castellano, significó para Pitarch acogerse al espacio doméstico, hacerse ayudante de un chamán, intervenir en sueños nativos,

en fin, convertirse en *Petul Ach'al* —Pedro Lodo— apodo ganado por la ineptitud mostrada para caminar por caminos embarrados sin mancharse. Pitarch se domesticó y fue domesticado, tal vez la más ventajosa posición que el etnógrafo pueda adquirir en el campo. Esa posición subordinada era la más adecuada para establecer con las gentes con las que trabajó un circuito de reciprocidad enriquecedor. Intercambio directo de servicios: adiestrarse en sus respectivas lenguas uno al otro, como con una de sus relaciones de campo. O las funciones de aprendiz de brujo jugadas por Pitarch: ponerse al servicio de la práctica del otro a cambio de que el otro se ponga al servicio de la propia práctica.

Pero hay otra cosa que el autor deja en el campo como pago de lo que se lleva: el incentivo a pensar en sí. Una de las manifestaciones de esto se muestra en una mezcla de coartada y aliciente para hablar del mundo de las almas. Este es un territorio problemático, a contrapelo de la vida cotidiana, la incursión en el cual no es de demasiado buen tono entre los cancuqueros («Para vivir» —dice uno de ellos— «es mejor no preguntar mucho cómo es el alma, cómo es el corazón»). La presencia del observador, en ese sentido, pagó a sus informantes (a sus no-informantes, diría Pitarch) con la única moneda en verdad válida que los antropólogos tienen para compensar a las gentes con las que trabajan: el aumento del conocimiento de sí mismos, la apertura a sí que esa interrogación ajena les permite.

Es larga la tradición de quienes recurrieron a lo exótico, a lo lejano, a lo primitivo, como forma de condena contra la civilización a la que pertenecían. De hecho, no hacían más que buscar otra imagen de sí mismos, una que confirmara la validez de su rebeldía y de las alternativas que desplegaban. La sabiduría *otra* no era así más que el reconocimiento de la propia. En el caso del estudio de Pitarch, este juego especular no permanece en la sombra; por el contrario, sobre él cae toda la luz de la indagación. La *grafía* de la etnografía estaba ya capturada de antemano por la imaginación indígena, el antropólogo estaba ya instalado en las entrañas de su objeto:

«[...] una etnografía castellana de lo indígena que trata de la etnografía indígena de lo castellano, en la cual los indígenas adoptan, imitándolos (imitándonos), la identidad de los castellanos, los cuales a su vez [...] se inventan (nos inventamos) a sí mismos escribiéndose desde el interior del corazón indígena».—FERNANDO GIOBELLINA BRUMANA.

WATSON, James L. (ed.): *Golden Arches East. McDonald's in East Asia* (Stanford, California: Stanford University Press, 1997), 256 pp.

James L. Watson nos presenta, en un formato heterodoxo, un clásico trabajo antropológico sobre préstamos y reinterpretaciones culturales.

Si lo defino como heterodoxo es porque incluso él mismo se ve obligado en el prefacio a justificar la legitimidad de haber elegido un objeto de estudio que provoca, en sí, prejuicios casi viscerales en el mundo académico. Dice textualmente:

No es sorprendente que mucha gente que sostiene percepciones fuertemente antagónicas en contra de McDonald's, asuma que todo individuo bien-pensante debe compartir una actitud parecida. Para muchos medioambientalistas o activistas políticos, por ejemplo, McDonald's representa claramente la encarnación del mismo

diablo. Los intelectuales americanos, por su parte, tienden a denigrar los McDonald's como la expresión, y a la vez el instrumento, de la homogeneización cultural. Algunos de mis conocidos en círculos académicos niegan haber cruzado nunca el umbral de un McDonald's, y aquellos que admiten haber entrado en el territorio prohibido, aseguran que lo han hecho bajo coerción de sus hijos, pero siempre se cuidan muy mucho de añadir que ellos, particularmente, odian la comida (pp. vi-vii).

Creo que con estas palabras el autor introduce una polémica que supongo está encaminada a asegurarse una audiencia amplia. El lector, por su parte, se encontrará sumergido de lleno en un trabajo antropológico de corte clásico, en el que se ha suprimido la jerga de la disciplina, y donde, además, puede verse fácilmente reflejado como sujeto analizado.

El libro engloba, en realidad, cinco estudios realizados por autores distintos, en cinco ciudades de países diferentes (Pekín, Hong Kong, Taipei, Seul y Tokio), todos ellos magistralmente encuadrados en una introducción a cargo del editor (titulada: «Transnacionalismo, localización y restaurantes de comida rápida en Extremo Oriente»), e integrados en un capítulo final («Tragando modernidad») que escribe Sídney W. Mintz, un especialista en el Caribe que ha trabajado en antropología de la alimentación. Los cinco estudios comparten, además, una misma estructura, que da al libro una coherencia que suele ser rara en trabajos colectivos. El análisis se realiza, en realidad, a partir de cinco trabajos etnográficos que, coordinados, aportan las variaciones en tiempo y espacio a que se ha sometido un único proceso, la difusión de los McDonald's, y se desarrolla desde la dialéctica clásica que provoca el estudio de un préstamo cultural: ¿cómo cambia la importación para adaptarse a las culturas locales? ¿cómo cambian las culturas locales para aceptar el préstamo?

En el caso que nos ocupa se ha concebido el préstamo, es decir los McDonald's, no como un simple objeto de cultura material (un tipo de comida representada fundamentalmente por el Big Mac, Las patatas fritas y la Coca-cola), sino como un sistema que engloba además una serie de hábitos y normas asociados: esperar en fila para pedir la comida, pagar antes de consumirla, recogerla en una bandeja y buscar asiento, consumir la comida con los dedos, terminar deprisa y limpiar la propia mesa de residuos, como comportamientos que se esperan del público; así como mantener un determinado tipo de local, un servicio público limpio, unos determinados productos standarizados tanto en la oferta como en el proceso y la presentación, una manera igualmente standarizada de atender al cliente, etc, que es lo que se espera en general del personal que posee, gestiona o trabaja en la empresa.

Cada uno de los autores ha analizado cómo este conjunto de cultura material, hábitos y normas culturales foráneos ha conseguido llegar a formar parte del universo simbólico de cada uno de los lugares estudiados, y ofrece al lector un ejemplo concreto de cómo se ha resuelto la dialéctica de la interacción; es decir: cuáles han sido las modificaciones necesarias por parte de los McDonald's para adaptarse a las cinco ciudades de Extremo Oriente, y cuáles las innovaciones que el préstamo ha introducido en las culturas locales.

El lector tiene además la oportunidad de observar el proceso de cambio en el tiempo, ya que la introducción de los McDonald's en las ciudades elegidas se produjo en fechas distintas (Tokio en 1971, Hong Kong en 1975, Taipei en 1984, Seul en 1988 y Pekín en 1992) y, por lo tanto, la asimilación de los mismos en la cultura

local se encuentra en etapas diferentes. Según documentan los autores, la estrategia de penetración de los McDonald's ha seguido un patrón semejante, del cual cada uno de los ejemplos ilustra una fase.

El momento elegido por los directivos internacionales para instalar los restaurantes ha coincidido con un cambio en la estructura familiar de las sociedades en las que se han instalado, un cambio que permitía por primera vez el acceso al mercado de consumo a una generación joven, que hasta ese momento no había disfrutado de poder adquisitivo independiente. Además, en casos como el de China, cuyo análisis corre a cargo de Yunxiang Yan, ya no son sólo los jóvenes o los adolescentes, sino que los mismos niños han empezado a poder influir en los patrones de consumo de sus mayores. Por este motivo, los McDonald's han cuidado especialmente a la clientela menor, y han instaurado una costumbre hasta entonces extraña en todas las sociedades consideradas: la celebración del cumpleaños, que los niños han acogido con entusiasmo.

Durante la primera fase de penetración, los directivos-propietarios de McDonald's suelen asociarse al cincuenta por ciento con propietarios locales, y abastecerse en el mercado local, siempre que sea posible (el caso de Hong Kong, que queda cargo del editor, James L. Watson, es una excepción interesante). Al mismo tiempo que ocurre este fenómeno, que los autores denominan «localización» del negocio, la imagen que se fabrica para vender explota conscientemente los estereotipos americanos y se asocia estrechamente a ellos. El caso de Seul, que trata Sangmee Bak, es especialmente representativo de esta dinámica.

A partir de ese momento la intención, tanto de los responsables internacionales, como de sus socios locales, es ir haciendo desaparecer paulatinamente el exotismo que se desprende de la estrecha asociación con la parafernalia americana, para tratar de convertirlos en protagonistas del propio paisaje local. Esta dinámica queda ilustrada por David Y. H. Wu y su trabajo sobre Taipei, así como por el de Hong Kong.

La última fase estaría representada precisamente por el hecho de haber logrado ese objetivo, es decir cuando los McDonald's hayan conseguido llegar a formar parte de la cultura cotidiana. El editor ofrece una anécdota muy ilustrativa a este respecto en una de las notas a la introducción: «El hijo de un ejecutivo japonés, que viajaba con su familia por Norteamérica, al descubrir los arcos dorados de un anuncio de McDonald's exclamó: '¡Pero si en Estados Unidos también tienen McDonald's!'» (p. 209). Japón es analizado en profundidad por Emiko Ohnuki-Tierney.

Ahora bien, los autores no se limitan a inscribir cada uno de los casos en una fase determinada de la estrategia de implantación social de los directivos de McDonald's, lo que hacen es analizar las respuestas de la sociedad local, prestando especial interés a las tensiones que ello causa, y a los ajustes y reajustes de cada una de las partes. Desde la introducción se presenta el análisis de la «localización» como un proceso con dos sentidos: a) los cambios que produce en la cultura local, y b) las modificaciones en los procedimientos estandarizados de la compañía.

Quizá a fuerza de presentar el material en la misma línea surjan demasiadas reiteraciones, que pueden hacer confundir a un lector no muy cuidadoso unos casos con otros. Sería muy interesante llevar este análisis comparativo a otros lugares distintos, e incluir, más que como meras citas, a Rusia, India, Marruecos, Holanda, por hacer referencia sólo a los ejemplos que hace asomar el editor.

Sin embargo, es indudable, desde mi punto de vista, que James L. Watson y el resto de los autores consiguen argumentar sólidamente la reclamación que se hace en

el prefacio, al preguntarse acerca de si «es posible que los antropólogos seamos capaces de enfrentarnos a la cultura de las corporaciones de una forma que resulte consistente a la vez para los intereses académicos y para los del público en general» (p. viii). Pero creo que el trabajo es algo más que eso, y que representa un ejemplo excelente de lo que la antropología tiene que ofrecer a la sociedad del siglo XXI. MARGARITA DEL OLMO.

SESEÑA, Natacha: *Cacharrería Popular. La alfarería de basto en España* (Madrid: Alianza Editorial, 1997), 393 pp., 374 fotografías, 29 dibujos y 2 mapas.

La obra *Cacharrería popular. La alfarería de basto en España* ofrece un completo y actualizado panorama sobre esta artesanía. Su publicación por parte de una editora comercial de prestigio (Alianza Editorial) se corresponde con la creciente importancia e interés que esta modesta actividad ha cobrado en los últimos veinticinco años —por hablar en cifras redondas—. La elección de Natacha Seseña, como autora, también resulta plenamente acertada, pues no solo sus trabajos y publicaciones han jugado un papel decisivo, sino que además la han situado en una plataforma privilegiada desde donde ha tenido acceso a las investigaciones de otros profesionales que, siguiendo sus pasos, amplían y profundizan en el tema, especialmente a través de su participación en congresos y tribunales de tesis doctorales.

Para Natacha hablar sobre el tema supone no sólo consultar y citar sus propias publicaciones, sino también desgranar una buena parte de su autobiografía profesional. Así lo hace en la introducción de la presente obra, donde iniciándose con sus primeros juguetes de barro en plena guerra civil, pasa a la elección de la cerámica popular de Castilla la Nueva como tema de doctorado en un departamento de Historia del Arte¹ para llegar a su decisiva participación con dos alemanes en la confección y publicación de la *Guía de los alfares de España*². A partir de esta obra se han sucedido otras muchas que desarrollan los necesariamente escuetos datos de la *Guía*, centrándose en la producción de algunos centros en concreto, o dando una visión general del oficio, contemporánea o histórica³.

Buena parte de la amplísima introducción (pp. 11-49) se dedica al concepto de «arte popular». Retomando lo ya publicado en *La cerámica popular en Castilla La Nueva*, se aclara el origen de este concepto y su evolución con los románticos, y las definiciones y reflexiones hechas por Julio Caro Baroja, Hauser, Unamuno, Ortega y Gasset, etc. Resalta también la labor de la Institución Libre de Enseñanza y la creación de Museos de Artes Populares y Decorativas. En este apartado, tal vez demasiado amplio

¹ Natacha SESEÑA, *La cerámica popular en Castilla la Nueva* (Madrid: Editora Nacional, 1975).

² Wulf KÖPKE, Natacha SESEÑA y Rüdiger VOSSEN, *Guía de los alfares de España*. (Madrid: Editora Nacional, 1980).

³ En la bibliografía de la obra que comentamos se puede encontrar una relación completa de sus publicaciones sobre el tema, ordenada por capítulos. Aquí sólo queremos resaltar por su carácter global y por la influencia que ha tenido en el presente libro su publicación: Natacha SESEÑA, *Lozas y barros de España* (Madrid: Magisterio Español, 1976).

en relación con el contenido de la obra, las citas y comentarios se acercan a su especialidad de historiadora del arte, aunque no son ignoradas las aportaciones de antropólogos como Julio Caro Baroja.

Tras estas generalizaciones, prosigue la introducción centrándose ya en el tema del libro y aclarando los conceptos de alfarería, cacharrería o cacharrería de *basto*, y dejando fuera del estudio la loza. La división de la producción en dos grandes grupos: alfarería de agua y alfarería de fuego (p. 27), caracterizados respectivamente por la ausencia o presencia del vidriado, no se ajusta del todo a la realidad, ya que no es el vidriado lo que condiciona uno u otro destino de la vasija, sino el tipo de barro empleado, refractario o no. Así, los lebrillos utilizados para fregar o contener la sangre de la matanza y que la propia autora cita como vasijas de agua, normalmente van vidriados, al menos en su interior, al igual que bacines, orzas y jarras —más que de agua podría hablarse de líquidos o incluso de alimentos sólidos, con o sin algún tipo de materia líquida, almacenados en la vasija—. Por el contrario, se podrían citar bastantes piezas destinadas a la preparación de alimentos al fuego que carecen de vidriado: los asadores de castañas, los anafres, o en ocasiones, ollas y pucheros como, por ejemplo, los pertenecientes a la cerámica negra del norte peninsular que normalmente van bruñidos y siempre sin vidriar. La presencia en España de un elevado número de alfares donde se documenta una amplísima gama de técnicas de fabricación, desde las más arcaicas a las más sofisticadas, combinada con la frecuente aspiración de los pequeños centros alfareros a ofrecer una rica y variada producción, impide cualquier intento de clasificación basada en el destino de las piezas.

Más acertada, en el apartado siguiente, dedicado a la evolución de la alfarería peninsular, la autora define la «mediterraneidad y el mudejarismo» como los dos ejes sobre los que se asienta nuestra tradición cerámica (p. 29), incidiendo en el enorme legado que los musulmanes trajeron a la Península con técnicas como el vidriado plumbífero, estannífero, la cuerda seca y el reflejo metálico. También se destaca la pervivencia hasta nuestros días de técnicas arcaicas como el urdido, asociado a la alfarería femenina aunque no de forma excluyente y documentable en el NO peninsular y en Cuenca, además de su práctica obligada en los centros tinajeros y en varias localidades aragonesas, donde los hombres lo practican sin emplear la característica rueda de crucetas. La crisis de la agricultura tradicional y la aparición de nuevos materiales, a partir de la década de los cincuenta, conllevaron la decadencia de la alfarería, al igual que ocurrió con otras muchas artesanías rurales, sin embargo y en comparación con éstas, la cerámica rural ha seguido una trayectoria que se puede considerar como privilegiada, gracias a la indudable repercusión que tuvo la confección y publicación de la *Guía de los alfares de España* que dio a conocer a turistas, estudiosos y comerciantes los lugares y personas adonde debían dirigirse.

Prosigue la autora trazando la evolución de la cerámica popular en las décadas de los setenta y ochenta, a la que considera favorecida por la aparición del Estado de las Autonomías, con la consiguiente revalorización de las artesanías, especialmente de la que nos ocupa. Finaliza su introducción con un análisis sobre la actualidad del oficio en el que destaca los cambios de técnicas (adquisición de la arcilla ya preparada, empleo de tornos eléctricos y de vidriados y esmaltes de preparación industrial, sustitución de los hornos de leña por los eléctricos). También menciona los cambios acaecidos en la producción (desaparición de muchas piezas y alteraciones en otras que ahora se convierten en elementos ornamentales destinados a ámbitos urbanos, frente al consumo anterior que surtía el ajuar doméstico y agrícola-ganadero).

La producción alfarera española aparece dividida por Comunidades Autónomas, ordenadas en su exposición de Norte a Sur. Aunque sus publicaciones anteriores, juegan un papel fundamental en los textos, los datos han sido en buena parte actualizados, gracias a contactos posteriores personales y sobre todo a la incorporación de toda la bibliografía y estudios realizados por otros profesionales, como Luciano García Alén en Galicia, Isabel Álvaro Zamora en Aragón o Emili Sempere Ferrándiz que, además de sus *Rutas de los alfares de España y Portugal*, ha hecho importantísimas reflexiones sobre las técnicas de cocción en la Península Ibérica.

El texto se acompaña de un abundantísimo material gráfico. Los dibujos, en general de escaso interés, no señalan la autoría, al contrario de lo que sucede con las fotografías, muchas de la autora, aunque bastantes han sido cedidas, o pertenecen a colecciones públicas y privadas. Las tomadas *in situ* durante su trabajo de campo constituyen testimonios irrepetibles por pertenecer a las décadas de los sesenta y setenta. Dos mapas centrales señalan los tipos de hornos y de producción. Por último, el apartado final dedicado a la bibliografía aparece dividido según los capítulos de la obra y merece un cumplido elogio por su total actualización y exhaustividad, constituyéndose, junto con el resto de la publicación, en una obra imprescindible para el conocimiento de la alfarería en España.—MATILDE FERNÁNDEZ MONTES.

DÍAZ G. VIANA, Luis y FERNÁNDEZ MONTES, Matilde (eds.): *Entre la palabra y el texto. Problemas en la interpretación de fuentes orales y escritas* (Gipuzkoa: Sendoa Editorial-CSIC, 1997), 271 pp.

Entre la palabra y el texto recoge las conferencias del XVI Curso de Etnología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, realizado en 1996, año en el que este curso pasó a llevar el nombre de su fundador, Julio Caro Baroja. El tema que se escogió fue el de los problemas en la interpretación de fuentes orales y escritas, analizados desde diversas disciplinas. La intersección entre oralidad y textualidad es un tema que interesó especialmente a Caro Baroja y sus ideas multidisciplinarias aparecen a lo largo de las páginas de *Entre la palabra y el texto* como homenaje póstumo al que fue no sólo fundador de estos cursos, sino alma de la antropología y el folklore en nuestro país. La obra, por lo tanto, ofrece una visión multidisciplinaria recogiendo diferentes enfoques de investigadores que provienen de los campos de la antropología, la literatura, la historia y la filología.

El libro está estructurado en nueve capítulos, más un breve prólogo redactado por los coordinadores de la edición, en el que se destaca la labor que Julio Caro Baroja desarrolló en el CSIC y se señala la relevancia del tema en relación con su obra. El primer capítulo, titulado "La invención del concepto de cultura tradicional en el estudio sobre poesía hispánica: Las relaciones entre lo oral y lo escrito", sirve como perfecto ejemplo de la idea general de la colección "Literatura y Antropología" de la editorial Sendoa, dentro de la que se ha publicado este volumen. Su autor, Luis Díaz G. Viana, es uno de los pocos investigadores españoles que utiliza una base antropológica para el estudio de la literatura oral. Díaz G. Viana analiza las diferencias entre literatura "tradicional", "popular" y "cultura" destacando la carga ideológica que contienen y su creación en el siglo XIX por autores como Joaquín Costa, Wolf y Hofmann, Milá y Fontanals o Menéndez Pelayo. Así mismo critica el enfoque

neotradicionalista del estudio del romancero, proponiendo un punto de vista antropológico que abarque la totalidad de las tradiciones culturales.

María Cátedra, Honorio Velasco y Fermín del Pino, en los capítulos dos, tres y cinco, respectivamente, tratan el tema de la intersección entre oralidad y textualidad desde un punto de vista antropológico. Cátedra se basa en el caso del culto a Santa Barbada en Ávila y en Cardeñosa, un pueblo cercano a la capital abulense, para analizar la construcción simbólica de las ciudades y las interacciones campo-ciudad. La autora utiliza, ampliándolo, el marco teórico de Robert Redfield acerca de la «Gran y la Pequeña Tradición». Velasco, en un claro y bien organizado capítulo titulado «La etnografía como forma de representación», explora la crisis de representación por la que está pasando la antropología social. Por su parte, del Pino analiza los problemas que conllevan los textos protoantropológicos, proponiendo la modernización como la mejor solución a la hora de editar Crónicas de Indias.

Los capítulos cuatro y siete exploran temas históricos desde una perspectiva etnográfica tanto en América como en la Península. El capítulo cuatro, «La vuelta del Inca Rey: Textos, tradición oral y acción política en el milenarismo andino» escrito por Juan J. R. Villarías Robles se centra en la creencia de que el Inca regresará para reestablecer su reino. Dicha creencia se encuentra reflejada en la tradición oral, así como en crónicas, pintura, poesía y obras teatrales. Villarías Robles estudia este fenómeno desde una doble perspectiva: por una parte, la experiencia del milenarismo, y, por otra, los movimientos de revitalización andina. El autor mantiene, contrariamente a la mayor parte de la crítica actual, que la idea del retorno del Inca es casi tan vieja como la conquista española. Matilde Fernández Montes, utilizando una aproximación etnohistórica, analiza, en el capítulo siete, la íntima conexión entre los elementos orales y escritos de las *Relaciones Topográficas*. Existen numerosas publicaciones basadas en estas encuestas, sin embargo pocas tratan de sus protagonistas. Fernández Montes se centra en los informantes, los corregidores y los escribanos, entre otros, para desarrollar un agudo análisis sobre los diversos niveles de oralidad y textualidad que aparecen imbricados en estos textos.

Los capítulos seis y ocho tratan temas lingüísticos en ambos lados del Atlántico. Esther Hernández en «La identidad lingüística americana en cartas del siglo XVI» se enfrenta con los problemas interpretativos que le plantean las fuentes escritas de tipo utilitario al historiador de la lengua, llegando a la conclusión de que, aunque con limitaciones, «el estudio de textos de naturaleza utilitaria permite la observación directa de las formas del lenguaje de la época... [y] sitúan al investigador de la diacronía en el camino indicado para conocer la fisonomía del complejo español americano» (pág. 209). Pilar García Mouton también escribe sobre geografía lingüística o geolingüística, pero en el contexto de la producción de atlas lingüísticos en España. García Mouton da especial importancia a los etnotextos frente a las encuestas con cuestionario, ya que permiten tener más espontaneidad, así como prestar una mayor atención a la sintaxis de la lengua hablada. En el último capítulo, titulado «Transmisión oral y transmisión escrita: La Biblia hebrea», Mariano Gómez Aranda estudia la mezcla de las transmisiones orales y escritas en la Biblia hebrea con las peculiaridades que implica su carácter sagrado.

Como se puede observar, *Entre la palabra y el texto* recoge diferentes enfoques desde diversas disciplinas, y es precisamente la aproximación multidisciplinaria de este libro lo que lo hace tan valioso y relevante para profundizar en los problemas de la interpretación de fuentes orales y escritas. Así mismo, el carácter

“transoceánico” amplía los límites geográficos, si bien hay más artículos peninsulares que de América.

Aunque en esta reseña se han agrupado los capítulos dependiendo del tipo de enfoque utilizado, el libro no sigue este orden. Se echa en falta una introducción que unifique metodológicamente los capítulos, describiendo la variedad de marcos teóricos que se presentan. Otra herramienta muy útil sería una bibliografía que diera al lector una idea más amplia del diálogo académico que este tema ha estimulado hasta el presente.

Pero estos detalles no desmerecen en absoluto la calidad de la obra. *Entre la palabra y el texto* es una gran contribución a los estudios multidisciplinarios de la cultura popular. Tradicionalmente, en España, el estudio de la literatura y de la antropología han permanecido separados, siendo el CSIC prácticamente la única institución que desde hace tiempo ha potenciado este acercamiento, gracias a la carismática labor de Julio Caro Baroja. Los coordinadores de la edición concluyen el prólogo con unas lúcidas palabras de Caro Baroja en las que pide la cooperación y el diálogo entre las diferentes generaciones de investigadores. Libros como *Entre la palabra y el texto* demuestran que esta cooperación no es sólo posible entre generaciones, sino entre disciplinas. Sirva esta reseña para continuar el homenaje a Julio Caro Baroja y para agradecer a casas editoriales como Sendoa su interés en temas de cultura popular, que afortunadamente cada vez gozan de mayor crédito en el mundo académico.—CRISTINA SÁNCHEZ CARRETERO.

TOGNI, Roberto; FORNI, Gaetano y PISANI, Francesca: *Guida ai musei etnografici italiani. Agricoltura, pesca, alimentazione e artigianato* (Florencia: Leo S. Olschki Editore, 1997), 337 pp. Biblioteca di «Lares», Nuova Serie, vol. LII.

Como los autores se encargan de señalar en la introducción al libro que reseñamos, el tema que se analiza en él está en constante ebullición. De los 154 museos etnográficos que uno de ellos inventarió en 1985, se ha pasado a 500 en 1997, debido, en buena parte, a un voluntarismo de carácter localista. Estos dos rasgos hacen, en nuestra opinión, doblemente meritoria la recopilación de una información necesariamente dispersa y de difícil acceso.

La realidad de los museos etnográficos italianos, salvo algunas excepciones, y al igual que ocurre en España, se encuentra asociada a iniciativas locales —comarcales o regionales— de colectivos cuya formación científica en el campo de la antropología-etnología es nula; aunque, por otro lado, se trata de grupos que, frente a las actuaciones de las diversas administraciones oficiales, presentan un fuerte dinamismo. Parece poco probable que ambos extremos se lleguen a juntar y, por eso mismo, es de resaltar una idea que lanzan los autores: la presencia de cualquier objeto en un museo precisa de una contextualización. El sacar cualquier objeto del medio en que se usa, o se ha usado, supone la necesidad de «explicar» su significado, de hacer llegar al público que lo contempla una información que haga fácil entender todo su contexto cultural. La idea de contextualizar las colecciones que integran un museo subyace en la ordenación de esta *Guía*, ya que, junto al catálogo de museos, se nos presenta una primera parte dedicada a explicar «qué son y cómo se deben visitar» los museos etnográficos, y sendos apartados en los que se hace un repaso a la cultura

popular de la Italia mediterránea y de la padano-véneta, respectivamente. La longitud de estas explicaciones —un tercio del libro, aproximadamente— refleja tanto la formación de sus autores como la idea de que esta *Guía* sea algo más que un libro que llevar en el coche cuando se viaja (esta impresión se corrobora asimismo con el formato elegido, 24 × 17 cm., que le hace poco práctico como libro de viaje). De esta primera parte, quizá sea interesante recoger aquí la propuesta que hace, relativa a cómo visitar un museo etnográfico; esta visita debe servir para reflexionar sobre los modos de vida pasados, para conocer y conservar la propia identidad, recuperar, mantener y desarrollar los valores del ser humano y, finalmente, ayudar a encuadrar o contextualizar problemas actuales (como el hambre o el ataque a la naturaleza, por ejemplo). De ahí que, según los autores, sea fundamental el mensaje que envía el museo; más, incluso, que sus colecciones.

La segunda parte, propiamente la *Guía*, se estructura también en los dos bloques geográficos citados (mediterráneo y padano-véneto) siguiendo un orden alfabético de ciudades. Esta forma de ordenación precisaría, en nuestra opinión, de una localización gráfica de aquellos lugares que se mencionan. La gran variedad de tamaño de las localidades que albergan museos impide conocer la situación de las mismas —mucho más a un extranjero, evidentemente— y el tener que recurrir a la consulta de un mapa auxiliar entorpece la consulta. El reclamar esa cartografía no debe hacer pensar que no se facilita información relativa a la localización de los diversos museos, porque sí que se da, llegándose a precisar, incluso, si existe transporte público para llegar a la localidad.

En cuanto a la información que se ofrece de cada museo, cabe dividirla, como gráficamente se nos presenta, en dos apartados. En una columna, se «localiza» el museo, indicándose la dirección, el teléfono,... el horario de apertura y, mediante una sencilla clave simbólica y una serie de abreviaturas, su carácter de museo de llanura, de zona de colinas o de montañas, así como los servicios que ofrece (tanto los «turísticos» como los «científicos»).

La descripción que se hace de cada museo incide en datos relativos a su propia historia, al edificio (con mención de los m² dedicados a la exposición permanente), al personal que trabaja en él, al ámbito geográfico que cubre su actuación y sus colecciones, a la descripción somera de éstas, o de lo más importante de las mismas, y a las publicaciones, en caso de tenerlas. La longitud dedicada a estos comentarios —como advierten los autores— no está siempre directamente relacionada con la «importancia» del museo (a pesar de que, en ocasiones, se dedique más espacio a los que consideran más importantes). A través del tamaño de los comentarios —y de las opiniones subjetivas que se vierten— el lector se puede hacer una idea apriorística bastante correcta de lo que se puede encontrar en cada centro. El aparato gráfico que acompaña a la descripción ayuda a perfilar con un mayor grado de precisión esa impresión, ya que muchas de las fotografías muestran las salas de exposición permanente, pudiéndose apreciar con meridiana claridad la diversidad de lo que hasta ahora hemos llamado indiscriminadamente «museos», y que cabría matizar. Sin necesidad de recurrir a definiciones oficiales de lo que es un museo, sí podemos afirmar que no todos los centros recogidos por esta guía deberían ser denominados así. La realidad italiana —muy cercana en esto a la española— nos ofrece la coexistencia de verdaderos museos (con un guión expositivo, una forma determinada de presentar las piezas y la información —variable en función de cuándo se montó—, una serie de servicios y una organización) junto a colecciones almacenadas y expuestas sin orden

ni concierto. Al contemplar este segundo grupo —como decimos, algunas fotografías son muy claras al respecto— se comprende perfectamente que la necesidad del «mensaje» en el planteamiento del museo, que reclamaban los autores, es absolutamente imprescindible. Sólo cabe decir que, a pesar de que este tipo de instituciones no deberían considerarse «museos», sí creemos que su inclusión en esta guía —y en cualquiera— tiene cabida, siquiera sea por resaltar las diferencias entre un trabajo bien hecho y uno mal hecho y porque, en un futuro, algunas de ellas pueden reconducirse y servir de germen a un museo.

Resultan útiles los índices que se incluyen como conclusión del libro, junto a una bibliografía clasificada mediante siglas, en referencia a sus contenidos. De los índices, quizá sea el más interesante aquél que recoge los principales contenidos temáticos para incluir, a continuación, la lista de ciudades en donde existen museos con ese tipo de colecciones.

Podemos concluir diciendo que nos encontramos ante un libro de consulta obligada —evidentemente, con un mayor interés para aquellos aspectos con un carácter monográfico desde una perspectiva española—, que nos genera la envidia, la sana envidia, de no contar con una publicación semejante que trate los museos de nuestro país.—JOSÉ LUIS MINGOTE CALDERÓN.

OLIVEIRA DE ANDRADE, Maristela: *Cultura e tradição nordestina. Ensaio de História Cultural e Intelectual* (João Pessoa: Ed. Ideia, 1997), 182 pp.

Bahía es a Río de Janeiro como el Antiguo Testamento al Nuevo; Caetano Veloso nos trasmite en su libro este hallazgo de una amiga suya. En este símil bíblico, ¿qué lugar le cabe al Nordeste? ¿qué lugar le cabe a Pernambuco? ¿El de los manuscritos del mar Muerto? ¿El de los evangelios apócrifos? Sobre esta dificultad de encontrar un lugar para la Cultura Nordesteña, sobre la reacción contra la negativa a que exista un lugar legítimo para la cultura de esa cultura, la Antropología Nordesteña, se centra este libro de una antropóloga nacida en Pernambuco pero que vive y trabaja en Paraíba desde hace ya años.

De hecho, se trata de una recopilación de nueve textos escritos y publicados durante una década —parte de la cual la pasó la autora en París, donde realizaba su tesis de doctorado—, algunos derivados de trabajo de campo (sobre cultos afrobrasileños¹, sobre la feria de una ciudad del interior de Paraíba), otros, la mayoría, producto de la elaboración teórica, fundamentalmente sobre la cuestión que indiqué líneas atrás. En estos últimos trabajos se efectúa una utilización sensata y fructífera de las aventuras postmodernas: la vuelta de tuerca al relativismo antropológico, esta vez no ya sobre el «objeto», sino sobre el «sujeto» de la acción y reflexión de la disciplina.

¹ En donde, además de otras felices ocurrencias, da en el clavo al señalar el carácter radicalmente no utópico de la presencia de «dios en la tierra» de estos cultos. Contra el afán mesiánico de otras religiones —el pentecostalismo— de que haya «para siempre» —la condenación eterna, la salvación eterna—, para el sentido común de las religiones mediúmnicas «[...] nada es definitivo, ya que el hombre es capaz de revertir el curso de los acontecimientos, para evitar fracasos inminentes, a través de la toma de precauciones, representadas por ritos de propiciación a los orixás y espíritus».

El libro, además, está bien lejos de la descentración del discurso al que en general aspiramos los antropólogos; pero si el discurso de estos textos no ocupa el centro, es porque desde ese centro —los «centros» de poder académico-editorial del Sud y del Sudeste— se ha estigmatizado como periférico el discurso del que Oliveira de Andrade es orgullosa heredera. Convertir la periferia en centro, centrarse en esa periferia y mostrar cómo es, también, un centro, es la intención de *Cultura e tradição nordestina*, partiendo de una visión que los pensadores nordestinos han tornado doctrina: la prioridad de la región sobre la nación. En palabras de Gilberto Freyre citadas al comienzo del libro: «Una región puede ser políticamente menos que una nación. Pero vitalmente y culturalmente es más que una nación, es más fundamental que la nación como condición de vida y como medio de expresión o de creación humana».

«La primera peculiaridad de la Antropología brasileña» —nos dice la autora (p. 36)— «consiste en [...] no limitarse al estudio de las minorías étnicas y raciales en sus contextos restringidos, buscando [...] comprometerse con el estudio de la sociedad brasileña». No se trata ya de la «nueridad» de los nuer ni de la «bororeidad» de los bororo; no se trata de encontrar el sentido o la matriz de todo sentido de una comunidad pequeña, ajena y arcaica. La maussiana pregunta acerca del estilo del grupo, se lanza ahora a una unidad enorme y compleja, articulada y desarticulada en todo tipo de diferencias e identidades, una unidad actual y propia. Hay Brasil, y la pregunta de da Matta de qué hace que lo haya, qué hace que sea de esa y no de otra manera (¿qué hace al Brasil ser Brasil?) yace por debajo de las investigaciones concretas, a veces como suelo y horizonte, a veces —el caso de la antropología indígena— como un polo contrapuesto.

Comienza aquí una discusión que interesa a quienes en España piensan sobre cuestiones vinculadas no ya a las diferencias nacionales en las prácticas antropológicas, sino a las diferencias en el propio campo nacional. Honorio Velasco, en un número monográfico de la revista *Antropología* dedicado a «las antropologías de España», diferenciaba entre antropologías excéntricas y antropologías concéntricas. Las primeras (la inglesa sería el paradigma) son las que buscan la alteridad fuera de sus fronteras, las segundas, las que la buscan dentro. Brasil como España ha producido desde hace mucho tiempo estudios sobre el *otro* interno²; pero a diferencia de lo que ocurrió en Brasil, en España el interés de los antropólogos extranjeros ha sido mucho más tardío (fines de los años 40 con la llegada de Pitt-Rivers a Grazalema) y de mucho menor peso cuantitativo y cualitativo. En Brasil convivieron desde siempre los unos y los otros, pero, remarca Oliveira de Andrade, aquellos que, en los centros académicos del sur, tomaron sin más los modelos epistémicos importados se enfrentaban a la situación esquizofrénica de evaluarse desde fuera, con una suerte de etnocentrismo inverso.

Un efecto de lo dicho: la pluralidad cultural brasileña es un hecho, pero ¿cómo es definida? Los intelectuales del sur tienden a pensarla como más próxima a la estadounidense, similar a la figura de un mosaico que «expresa un modelo cultural por la yuxtaposición de unidades culturales, ocupando espacios definidos, cuya configuración se representa por un dibujo de contornos nítidos» (139). Para la mirada nordestina, prima la percepción de las grandes síntesis culturales producidas en Brasil y que han producido Brasil: la multiplicidad no está extendida en diferentes nichos (uno para

² Hay que destacar el peso de Lombroso en esos primeros estudios, tanto en España como en Brasil (Nina Rodrigues) y también en Cuba (Fernando Ortiz).

los inmigrantes portugueses, otro para los italianos, otro para los españoles, otro para los japoneses, otros para cada etnia africana, otros para los indios supervivientes), sino fundida por doquier. La perspectiva *sulista* llevó a que el negro quedase fuera de su interrogación a la realidad social; a veces con la coartada supuestamente progresista de que así se combatía el mito burgués de la democracia étnica.

Un enfoque histórico, de historia del pensamiento social, permite suponer que la forma en la que se constituyó el pensamiento nordestino (esencialmente representados para la autora por Silvio Romero, Cámara Cascudo, Gilberto Freyre³) deriva en buena medida de la influencia del pensamiento alemán, más que nada del romanticismo; el pensamiento dominante en el sur, a su vez, fue de procedencia francesa, con una preponderancia total del positivismo. Mientras que el romanticismo era un atmósfera intelectual y emocional adecuada para enfrentar «las demandas de una nacionalidad en formación» —pero tan sólo las demandas intelectuales—, el positivismo, con su «carácter sectario y dogmático» era un instrumento ideológico magníficamente apto para garantizar el control material e ideal del país por parte de las elites *sulistas*: un arma de poder.—FERNANDO GIOBELLINA BRUMANA.

DÍAZ G. VIANA, Luis: *Una voz continuada. Estudios históricos y antropológicos sobre la literatura oral* (Madrid: Sendoa, 1998), 205 pp.

Una voz continuada nos presenta distintos estudios sobre la literatura oral desde un enfoque histórico y antropológico, al mismo tiempo que guarda entre sus páginas al propio Luis Díaz G. Viana y su trayectoria. Este autor se ha especializado en el estudio de la cultura popular y la literatura oral y de cordel, tal como podemos apreciar al introducirnos en sus obras. Su bibliografía incluye más de treinta publicaciones que recogen el resultado de más de dos décadas dedicadas a esos temas, y otros años —o más— de pasión y formación continuada. Entre sus obras destacan, *Rito y tradición en Castilla y León* (1984), *Canciones populares de la Guerra Civil* (1985), *Palabras para vender y cantar. Literatura popular en la Castilla de este siglo* (1987), *Aproximación antropológica a Castilla y León* (1988), *El romancero* (1990), *Literatura oral, popular y tradicional. Una revisión de términos y conceptos* (1990, edición revisada y aumentada, 1997), *Música y culturas* (1993), *Castilla y León. Imágenes de una identidad. Notas para un manual de Etnografía* (1997), *Cultura, tradición y cambio. Una mirada sobre las miradas* (1997).

Los nueve artículos que componen el libro coinciden, en líneas generales, con otros tantos que han sido publicados por separado a partir de 1979, aunque una selección acertada evita tener que reiniciar la lectura a cada capítulo o perder el hilo conductor. Incluso borran la distancia temporal que los separa, aunque no deja de sorprender que apenas haya introducido cambios: habría sido interesante aprovechar la riqueza de experiencias que el autor ha acumulado durante estos años.

A grandes rasgos podemos decir que se nos presenta un estudio de la literatura oral en España, fruto del trabajo de campo realizado por el propio autor entre los años 1977 y 1982 en distintas poblaciones de Castilla y León. Recoge también los

³ Es de lamentar que la autora no haya investigado también la acción y pensamiento de autores como Fernandes Gonçaves, Waldemar Valente y René Ribeiro.

planteamientos, análisis, ejemplos y comentarios de diversos autores (Menéndez Pidal y Caro Baroja, entre otros) sobre algunos temas, como la recopilación y estudio de la literatura oral o la interrelación entre la oralidad y la cultura popular.

Este es un libro relativamente sencillo de leer, que huye de dogmas y afirmaciones contundentes y que, en cambio, permite introducirnos en una manera de entender la literatura oral, dibujada a partir de ejemplos. Por todo ello puede resultar una herramienta práctica y útil como introducción, especialmente para los que empiezan a leer sobre estos temas.

Tal como se desprende del texto, cualquier forma de expresión propia de una cultura, en sus múltiples formas, está marcada por su época, el contexto general y la tradición cultural. Esta influencia es apreciable también en cantares, romances, fablas, y en literatura de cordel: aunque los episodios que narran no se ciñen completamente a la realidad, y son frecuentes las exageraciones, personajes estereotipados y capacidades fuera de lo común, al mismo tiempo no puede suceder *cualquier* cosa ni de *cualquier* manera. Al contrario.

Además, no sólo debemos hablar de lo que se nos cuenta, porque el sentido y valor expresivo de la literatura sobrepasa los límites del texto, tal como nos demuestra el autor: para que conecte con la gente y llegue a ser valorada como propia, no es suficiente un relato que tenga sentido para los oyentes y les sea atractivo, sino que también es necesario tener en cuenta la forma. Implica, pues, la necesidad de un dominio de las formas de comunicación, creatividad, saber crear cierta complicidad, y poder introducir elementos compartidos y referentes conocidos por todos.

En esta línea, el propio autor nos introduce en la lógica que explica el porqué de los temas recurrentes y las formas expresivas comunes que se dan en distintas zonas geográficas, así como las coincidencias en la definición de personajes. Díaz G. Viana presenta algunos matices que diferencian versiones de las mismas obras, que con frecuencia incluyen ciertos elementos distintivos de una realidad específica, y particularidades conocidas por los oyentes. Todo esto nos ayuda a entender esta literatura y comprender hasta qué punto es dinámica y dependiente de su contexto. Así, todas estas particularidades quedan encuadradas dentro de una cierta homogeneidad. En definitiva, Díaz G. Viana intenta explicar el origen, función social y evolución de la literatura tradicional, presentando en cada caso distintas versiones, y planteando cuestiones que pueden abrir nuevas vías de análisis y estudio. Así, un lector poco entrenado podrá entrar en el mundo de los juglares o descubrir las penalidades de los que se atreven a burlar al convidado de piedra, o saber de los amores del conde Claros. Pero en realidad, Luis Díaz no nos presenta sólo cancioneros, romances y personajes. No. *Una voz continuada* responde a una teoría elaborada y reelaborada a lo largo de los años, filtrada por la familiaridad y dominio que sólo tiene quien ha dejado reposar las experiencias y vivencias hasta hacerlas suyas. A pesar de todo, las opiniones que nos expresa directamente son escasas, amparándose, en general, en las aportaciones y criterios de otros autores.

Como otras obras que giran en torno a la literatura oral, esta nos lleva a participar de una literatura y tradición que nunca ha dejado de ser nuestra, aunque a menudo nos parece parte de un pasado remoto e ilusorio, un pedazo de los mundos lejanos de los juglares hasta los más cercanos de nuestros abuelos. Una literatura que pervive en sus labios, a ser posible entre montañas recónditas o parajes sin apenas urbanizar, donde hemos decidido que lo que llamamos folklore es cotidianidad, y no necesita ser fijado en papeles para que no desaparezca así, sin avisar.

Leyendo este texto, tampoco nos podemos despojar completamente del sentimiento de que lo que se recoge es ya parte del pasado, no es posible evitar valorarlo mezclado con cierta nostalgia y sensación de pérdida, aunque sin duda no es esta la voluntad del autor. En cualquier caso, Luis Díaz G. Viana recoge un pedazo de lo que fuimos y somos, y al mismo tiempo nos lo retorna reelaborado. En este sentido, intenta sin demasiada convicción romper con el tópico, dando al concepto folklore una visión más amplia, hasta el punto de que la introducción se convierte en una declaración de intenciones y una toma de conciencia de la responsabilidad sobre el propio trabajo y su valor, tanto desde el punto de vista histórico como antropológico.

El primer capítulo de *Una voz continuada* está destinado a los *romances*, *cantares* y *fablas* en el oficio juglaresco, su origen y características más significativas. Al tratar este tema, el autor intenta prescindir de las dicotomías establecidas y simplificadoras (juglar-trovador), presentando una realidad mucho más rica y diversa, en la que la creación, la expresión y repetición responden a una función social y una forma de comunicación eficaz y valiosa en sí misma.

El capítulo segundo está dedicado a los orígenes, influencias y evolución del romancero en la tradición oral castellana, y su relación con los *cantares de gesta*, *jarchas* y *epopeyas*. En él nos habla también de cómo el romancero se introduce entre la población y cuáles han sido sus formas de transmisión. En este recorrido por los puntos clave del romancero, dedica su atención también a la difusión de los *pliegos* y los *cancioneros de romances*. Por último, recoge las distintas situaciones que ha vivido el romancero: desde el origen y auge hasta su decadencia, pasando por lo que se llamó *romancero nuevo*. Para ello Luis Díaz repasa algunas de las aportaciones de otros autores, como Menéndez Pidal y J. T. Monroe, por ejemplo.

Otro de los temas generales que recoge este libro se encuadra en el epílogo: *Folklore e identidad: el estudio de la poesía popular en el siglo XIX*, en el que se analiza, como el propio título indica, la poesía popular del siglo XIX y la relación entre folklore e identidad. Además Díaz recoge el interés-desinterés por lo vulgar y lo popular en España, el estudio de la literatura oral durante el siglo pasado y el uso instrumentalizado del folklore y la literatura tradicional para la definición del nacionalismo e identidades diferenciadas.

El autor nos habla también de la *literatura de cordel* (cap. VII), de su difusión y transmisión, haciendo especial mención a los *pliegos*, la prensa, los *copleros* y *romances de ciego*. En este caso, nos presenta un ejemplo de Soria: *el crimen de Duruelo*, en el que se mezcla el horror y petición de justicia con el interés compartido por encontrar culpable fuera del pueblo, lo que propicia una versión de los hechos alejada de la realidad y transmitida entre los que han vivido la situación más de cerca. De nuevo debemos referirnos a su significación social.

Cada uno de los capítulos restantes se centra en ejemplos como *El Conde Claros* (cap. III), *El convidado de Piedra* (cap. V), *Amón y Tamar* (cap. VI); o en el papel de autores que por su obra y características merecen una mención especial, como Juan del Encina, Tirso de Molina, o García Lorca.

Juan del Encina encuentra su posición entre lo tradicional y lo culto, que combina la creación con la recreación e interpretación de temas de la tradición popular. Esa misma tradición popular nutre los personajes de Tirso (entre ellos *Don Juan*, que encarna las actitudes de algunos de los protagonistas de la tradición popular) que recoge también la intención y valoración moral de relatos anteriores. Autores de distinta época, como García Lorca, encontrarán en la literatura oral y tradicional una fuente

de inspiración y una forma de expresión. Así, el romancero lorquiano está lleno de componentes míticos propios del romance tradicional, al mismo tiempo que adapta las formas de expresión a su época. Quizá una forma de cambiar guardando la esencia tradicional, recreando una base que nos es propia.

El uso que se ha dado a esta literatura está también en función del contexto social, como ya se ha visto. Así, las historias que configuran los romances tradicionales incluyen las connotaciones religiosas, morales y sociales que se esconden en la sociedad, y que sin duda responden a preocupaciones y formas de pensamiento de una época. Las obras tradicionales, pues, recogen una función más allá del entretenimiento. Nos cuentan amores y traiciones, crímenes, castigos, perdones, hechos heroicos y fechorías reprobables que esconden juicios de valor y un componente claro de moralidad. Al mismo tiempo, se llega a la creación o recreación de personajes históricos o mitos: héroes, santos, reyes, herejes, conquistadores y criminales. El contenido de dicha literatura, pues, está lleno de historias y personajes.

Una voz continuada tiene, en definitiva, una intención eminentemente ejemplificadora y esclarecedora, por lo que los ejemplos captan gran parte de la atención del texto, con ese sabor especial que tiene la literatura tradicional. De alguna manera, los ejemplos son la excusa para hablar de algo más, aunque en algún momento acaba pareciendo un muestrario que apenas sitúa sus piezas en el contexto más amplio que le da significado, aunque se intuye.

En líneas generales, el texto sintetiza las aportaciones de L. Díaz, de tal manera que los que sean lectores habituales de este autor no van a descubrir enfoques inéditos ni perspectivas nuevas, y los que se acerquen al autor por primera vez tendrán la oportunidad de valorarlo y hacerse una idea bastante aproximada de lo que son sus planteamientos, método de trabajo y aportación al estudio de la literatura oral. Nos lo deja claro el propio autor al referirse al significado del título: «voz continuada por la característica fundamental de creación perpetua de la literatura que aquí se estudia y voz continuada, también, aunque insignificante si se la compara con la otra, del modesto investigador que ha empleado gran parte de su vida en estudiarla» (p. 7).

En definitiva, lo que se nos cuenta está influido por una determinada manera de acercarse a la realidad, resultado de la propia experiencia, formación y visión, de tal forma que parece que tenga un dominio absoluto y un interés aún mayor. En su obra está, como ya hemos dicho, el propio Luis Díaz G. Viana.—MARINA QUERALT FERRÉ.

GONZÁLEZ BACHILLER, Fabián: *Aspectos fonéticos de la toponimia riojana actual* (Logroño: Universidad de La Rioja, 1997), 129 pp. + Índice de voces estudiadas y Bibliografía.

Muy acertada ha sido la decisión de la Universidad de La Rioja al publicar la obra del profesor Fabián González Bachiller, cuyo título, *Aspectos fonéticos de la toponimia riojana actual*, preconiza ya el doble interés que su contenido ofrece, tanto para los estudiosos de historia de la lengua, en general, como para los investigadores de la toponimia hispánica, en particular.

Hacemos nuestras las palabras del profesor Claudio García Turza quien, en su atinada presentación, escribe: «este estudio, de estructura tradicional, resulta metodológicamente irreprochable», y de su autor destaca «su notable agudeza para

discernir los rasgos fonéticos de interés y, sobre todo, el buen juicio y cautela en la indagación etimológica así como en las explicaciones científicas de los topónimos investigados» (p. 9).

Si la toponimia es una parcela del léxico en la que se puede analizar, en mayor o menor medida, cualquier aspecto de la lengua (fonético-fonológico, morfosintáctico, semántico), el autor se centra en el aspecto fonético, consciente de que el camino para llegar a descubrir el significado de un nombre pasa por el rastreo de su forma fonética, pues fonética y semántica irán haciendo la luz en el empeño por conectar la voz petrificada con el presente.

En una breve introducción (pp. 11-16), González Bachiller fija sus objetivos y puntos de referencia teóricos; justifica la elección del tema; el estado de la cuestión, así como la metodología seguida para estudiar los topónimos riojanos, a partir de una obra de referencia fundamental, el *Diccionario de toponimia actual de La Rioja*, de Antonio González Blanco (1987), que recoge datos de los catastros rurales y urbanos de las distintas localidades, además de datos orales, lo que le da una amplitud considerable. Esta amplitud le lleva a nuestro autor a tomar esta obra como punto de partida para su trabajo, referido exclusivamente a la toponimia riojana actual, lo que justifica la ausencia de otras fuentes documentales históricas de La Rioja como objeto de estudio, si bien se acude a ellas para corroborar la forma de alguna unidad concreta.

Se propone la correcta interpretación de cada unidad lingüística, con su posible etimología y la atención a su evolución fonética, de tal modo que agrupa todos los fenómenos fonéticos, de acuerdo con los criterios descriptivos más habituales en fonética histórica. Así, una Primera Parte del estudio se dedica a las Vocales (pp. 17-48), la Segunda Parte, referida a las Consonantes, es la más extensa (pp. 49-112) y finalmente, se dedican unas páginas (113-124) a Fenómenos esporádicos (Aféresis; Síncopa; Apócope; Prótesis; Epéntesis; Metátesis; Analogía y etimología popular, Yeísmo y Fonosintaxis) observables en algunos de los topónimos.

Tras el análisis de estos fenómenos fonéticos, se llega a la conclusión (pp. 125-130) de que en la toponimia actual de La Rioja se pone de manifiesto el carácter híbrido de las hablas de esta zona, con rasgos coincidentes con los del castellano; el habla alavesa; el navarro-aragonés; el eusquera y el mozárabe.

A nuestro juicio, es éste uno de los aspectos más novedosos de esta obra, pues el autor busca en las explicaciones de algunos topónimos riojanos su conexión con los de otras áreas de la Península, en concreto, con los territorios navarro, aragonés y leonés, lo que permite establecer la existencia —en la época de nacimiento de las hablas romances— de un área lingüística de cierta homogeneidad, extendida desde el Noroeste (Pirineos y Valle del Ebro) hasta el Oeste peninsular, rota por el avance del castellano, lengua, en cambio, de rasgos divergentes.

Fenómenos característicos del habla riojana primitiva, presentes en las *Glosas Emilianenses* (para los que se desconocía otro tipo de documentación) quedan atestigüados en topónimos de La Rioja; así, por ejemplo: la diptongación de la vocal breve o en *ua* (GlEm *(b)uamme* 68, 128. Topónimos: La *Fuansanta*, de Juan Caliente; La *Juandona*, etc.); la diptongación en *ue*, procedente de o + palatal (GlEm *uello* 115. Topónimos: *Ruella*; *Bueyo*; *Pueyo* Concejo, etc.); la sonorización de t sorda tras sonante n (GlEm *alquandas* 73. Topónimos: *Canderuela*; *Aliende*; *Andalayuela*; *Abando*; La *Hoya Sanda*, etc.), y mantenimiento de -alt- (GlEm *altra* 116. Topónimos: La *Eralda*; *Hoyaralda*; *Tabaldo*, etc.). Éstos y otros topónimos ponen de manifiesto dichos rasgos peculiares de la variedad riojana, lo cual permite puntualizar sobre la caracterización

lingüística de las *Glosas Emilianenses* como propiamente riojanas, en contra de la tesis de H. J. Wolf, que las considera representantes del aragonés antiguo, por no encontrar en La Rioja documentaciones relativas a estos fenómenos fonéticos. En este caso, la toponimia se convierte en el mejor documento para atestiguar estos fenómenos.

En las pp. 131-188, González Bachiller incluye un Índice con las más de mil doscientas voces estudiadas, representantes de toponimia mayor y menor, si bien nos ha sorprendido la no inclusión de topónimos riojanos tan famosos como: *Albelda*; *Arnedo*; *Calaborra*; *Nájera* y *Haro*, ausentes en este trabajo.

En el mismo Índice (p. 45) sorprende ver la repetición del topónimo *La(s) Cuestas*). Además, en el texto hemos observado algunos despistes tipográficos; así, en la p. 15, en la nota 12 se cita el *Diccionario* de J. Corominas y J. R. Pascual, cuya abreviatura correcta sería J. A., pues el nombre exacto es José Antonio Pascual. En la p. 82, al definir *marojo* como «especia de muérdago», sin duda, quiere decir «especie de muérdago».

Estos y algunos otros descuidos gráficos, achacables a los «duendes» de la informática, en absoluto restan importancia a esta obra, que supone una valiosa aportación dentro de esta parcela del saber, fascinante y prometedora, aunque difícil y aventurada, que es la toponimia. Confiamos en que este laborioso trabajo tenga continuación, tal como lo propicia el autor, en otro que incluya la consulta de todas las fuentes documentales disponibles sobre La Rioja, dado que la documentación histórica es un medio indispensable para el análisis correcto de los topónimos. Pero esto ya será otro libro.—M.^a FÁTIMA CARRERA DE LA RED.

CASTAÑO FERNÁNDEZ, Antonio M.: *Los nombres de la Serena. Estudios de toponimia extremeña* (Mérida: Editora Regional de Extremadura, 1998), 362 pp.

En el panorama de los estudios sobre la toponimia extremeña, la publicación de esta monografía de Antonio M. Castaño (que se presentó como tesis doctoral en 1997, en la Universidad de Extremadura) constituye un acierto indiscutible. El estudio se centra en la descripción y el análisis de los nombres de lugar de La Serena, comarca de la provincia de Badajoz que se extiende por la margen izquierda del río Guadiana, entre los cursos de sus afluentes, el Zújar y el Guadamez.

El libro consta de una Introducción General (pp. 15-42) en la que el autor, después de situar su estudio en el marco de la investigación sobre la toponimia extremeña (terreno poco explorado todavía, como confiesa en la nota 1), declara el método de trabajo que ha seguido para elaborar su obra y habla del paisaje y la historia de la comarca de La Serena. Indica que sus fuentes primarias para la obtención de los topónimos han sido las hojas del Instituto Geográfico y Catastral y los mapas del Servicio Cartográfico del Ejército, a falta de otras documentaciones más antiguas, dado que los archivos parroquiales y municipales de la zona fueron destruidos durante la Guerra Civil; sólo los archivos notariales de Castuera y Villanueva de la Serena le han servido para localizar topónimos que no aparecen en los mapas mencionados, además de algunos legajos del Archivo Municipal de Cáceres y las respuestas del Catastro de Ensenada, del siglo XVIII. La información de estas fuentes escritas ha sido debidamente cotejada (y esto se nota en cualquiera de las páginas del libro) con los datos que le han facilitado las encuestas hechas a personas conocedoras del terreno,

que le han permitido obtener un conjunto de «más de cuatro mil topónimos vivos o ya desaparecidos del recuerdo de las gentes» (p. 20).

Una vez obtenido el inventario, los nombres de lugar se han clasificado en tres grandes bloques: Toponimia Mayor (pp. 43-74), Ríos (pp. 75-82) y Toponimia Menor (pp. 83-282); este último constituye, por sí solo, el eje central del estudio. En las Conclusiones (pp. 299-318) se explican algunas características lingüísticas de los topónimos estudiados, con las limitaciones que el propio autor declara al aceptar la falta de una perspectiva histórica, por la inexistencia de fuentes antiguas.

En el capítulo II se estudia el nombre de la comarca de La Serena y de las poblaciones que constituían su antiguo Partido Judicial. En el análisis de cada topónimo se incluyen las menciones más antiguas conocidas y las hipótesis diversas que lo han explicado; así, para *La Serena*, macrotopónimo que da nombre a la comarca y que forma parte de muchos de los pueblos que la componen, se ofrecen dos hipótesis: una *legendaria*, que se relaciona con el sustantivo *sirena* porque se cree que, en tiempos lejanos, vivió una sirena en la confluencia de los ríos Guadiana y Zújar; y otra *antroponímica*, que tendría su origen en el nombre de una mujer romana a cuya familia debió pertenecer antaño la comarca. El autor tiene en cuenta estas interpretaciones y las compara con otras noticias procedentes de fuentes bibliográficas diversas, para llegar a la conclusión de que el origen del nombre puede hallarse «en un apelativo que haga referencia al terreno, tan característico y tan diferente de los que lo rodean [...]. Podría ser, por tanto, o la tierra 'serena', lisa, sin accidentes, [...], o la 'tierra de sembradura'» (p. 45); las dos se adaptan a la naturaleza del terreno, especialmente la primera. No en vano, el autor explicaba en los preliminares del libro que «para el conocimiento científico de la toponimia de una zona, es necesario estar familiarizado con el lugar, su historia, el tipo de propiedad preponderante, la flora, las tradiciones y, sobre todo, la lengua de la zona y sus peculiaridades dialectales» (p. 19).

El capítulo III se centra en los nombres de los siete ríos que atraviesan la comarca: *Guadiana*, *Zújar*, *Gargáligas*, *Ortiga*, *Guadalefra*, *Guadalemar* y *Guadamez*, que el autor analiza desde el punto de vista lingüístico a partir del probable origen árabe de algunos de ellos (en especial, los que comienzan por GUADA-).

El capítulo IV se ocupa de la toponimia menor, y en él caben tres mil seiscientos nombres de lugar que se organizan por campos semánticos: algunos hacen referencia a topónimos mayores, como *Sierra de Ávila*, *Lecho de Yanguas*, *Camino de Villanueva*, *Camino de Campanario*; otros esconden nombres de ríos en sus denominaciones y se vinculan con parajes, parcelas o casas que toman sus nombres del arroyo que pasa cerca de ellos: *Arroyo del Charco*, *Callejón del Agua*, *Camino de Aguasanta*, *Chozo de Aguas Viejas*; el tercer grupo esconde cerca de un millar de denominaciones que tienen mucho que ver con la naturaleza del terreno, es decir, con las elevaciones, los llanos y las depresiones: *El Cerro*, *Molino del Cerro*, *Cerro Cabeza Gorda*; con «formas concretas»: *La Cuesta*, *Majada de la Cuesta*; con la localización y el tamaño: *La chica*, *Montón de Tierra*, *El Cacho*, *Barranco del Mojón*; el color: *Piedras Blancas*, *Piedra Amarilla*, *Lancha Rosa*, y la naturaleza del suelo, con denominaciones como *Camino de la Tierra de la Casa*, *El Barrial*, *Casa Barroso*. A los humedales se refieren, entre otros, los términos *Bobonal*, *Bodonol*, *Retamalejo* y *Tablillas*; la calidad y la utilidad del suelo se expresan en apelativos como *Debesa Boyal* o *Debesa de Benquerencia*. Los tres apartados que siguen a esta descripción del terreno se centran en la fitonimia, es decir, en términos que se relacionan con nombres de plantas (*carrasco*, *chaparro*,

adelfa, jara, charneca, acebuche, cardo, gamón, higuera y zarza), la zoonimia (*Mileneras, Gavilanes, Alcotanillo, Casa de Águilas Paradas*) y el «paisaje humanizado» (*Manga la Orden, Casablanca, Casa Grande, Casa Redonda, Cortijo de Chozas, la Bóveda, Los Huertos, Las Huertas, Cañadillas, Majada de la Burra, Mina de la Debesa*, entre otros muchos). En el último lugar de la clasificación aparece un grupo de términos «oscuros», cuyos orígenes resultan más difíciles de explicar: *Camino de Zafrilla, El Macoco* y *Cucuruza*, por citar sólo tres. La selección de ejemplos ha sido escueta, por las dimensiones de la reseña, pero ilustra el acierto con el que Antonio M. Castaño ha sabido organizar los campos semánticos de su libro, lo cual no siempre es fácil en los trabajos de léxico, y por eso hay que agradecerlo doblemente.

En las Conclusiones el autor explica algunas características fonéticas, morfosintácticas y semánticas de los topónimos. Entre las primeras, las más llamativas son la caída de la -d- intervocálica, la vacilación en el timbre de las vocales átonas, las conclusiones de sibilantes y la conservación o la pérdida de f-inicial. Desde el punto de vista morfosintáctico, se habla de la abundancia de diminutivos (hecho habitual en la toponimia, especialmente en los hidrónimos, como el profesor Castaño explica en las pp. 302-303), el género y la estructura compositiva de los nombres de lugar. Desde el punto de vista léxico, la característica más llamativa parece ser la conservación de arcaísmos y de apelativos perdidos, al lado de dialectalismos (que no son exclusivos de La Serena, como puede deducirse de algunos de los ejemplos citados en este capítulo: *La Corraliza, El Palenque, Los Jotriles, La Jarona*).

El libro se cierra con una bibliografía esencial (pp. 319-337), por orden alfabético, y con un índice muy útil de topónimos menores que ayuda a localizar en el estudio los nombres analizados.

La obra de Antonio M. Castaño es una interesante contribución al estudio de la toponimia extremeña. Pese a las dificultades que encierra un estudio de este tipo, hay que aplaudir la labor desarrollada por el autor en estas más de trescientas cincuenta páginas escritas con rigor y profundidad. Es un libro para especialistas y para profanos en la materia, que enseña y entretiene a la vez: el autor ha sabido conjugar la amenidad de su estudio con la disciplina del investigador que se toma en serio la tarea de buscar el origen y el significado de los nombres de lugar. Y aquí están los frutos: un libro que debe servir de modelo y acicate para tener una visión global, en un futuro no muy lejano, de la toponimia de Extremadura en su conjunto.—PILAR MONTERO CUIEL.

HUERTAS, Rafael y ORTIZ, Carmen (eds.): *Ciencia y fascismo* (Madrid: Ediciones Doce Calles, 1998), 213 pp.

En demasiadas ocasiones las comunidades científicas han albergado personas obstinadas en demostrar que hay una estirpe de seres humanos superiores —particularmente dotada para dirigir y organizar la vida social— y otra estirpe de seres humanos inferiores —particularmente apta para obedecer y realizar tareas ingratas. Por supuesto, quienes descubren esta naturaleza de la sociedad se consideran parte integrante del primer grupo de personas.

Los estudios incluidos en esta obra colectiva abordan la elaboración de diversas jerarquías humanas «naturales» por parte de la ciencia y la política. Puesto que tal

jerarquización de la especie desborda las fronteras geográficas y cronológicas de los regímenes fascistas, algunos de los textos recopilados se centran principalmente en los pretextos científicos esgrimidos para justificar la discriminación, tanto en el ámbito del fascismo como fuera de él.

El desarrollo de la antropología criminal cubana durante los primeros decenios del siglo XX es una de las cuestiones objeto de atención. Se analiza la influencia de Cesare Lombroso, la negritud como explicación del criminal nato y la evolución del pensamiento del antropólogo Fernando Ortiz con respecto a estos temas. En el contexto de una creciente medicalización de comportamientos «anormales», otro trabajo se ocupa de las interacciones entre medicina y derecho, plasmadas en el Código Penal italiano que promulgó el régimen fascista en 1931.

La mayor parte de los estudios recopilados está referida a la España franquista. Pero el punto de partida se remonta a las concepciones biologizantes de la estructuración social humana que se desarrollaron particularmente en Gran Bretaña a lo largo del siglo XIX. En concreto se remonta a la eugenesia, la ciencia que debía mejorar la sociedad humana a través de las leyes biológicas. El pensamiento eugénico penetró en España durante los primeros decenios del siglo XX y fue integrado en el acervo de quienes buscaban leyes biológicas para dar solución científica a los problemas sociales.

La figura del destacado psiquiatra Antonio Vallejo Nágera es objeto de particular atención, debido a su impacto sobre la psiquiatría española a partir del decenio de los cuarenta. Vallejo Nágera se mostró partidario de crear un «Cuerpo de Inquisidores» para impedir que el saber discurriera por cauces impropios. Consideró que «las revoluciones han sido obra de locos o degenerados» y, como contribución personal a la medicalización de la disidencia, dirigió unas experiencias incruentas con prisioneros de guerra que intentaban demostrar una íntima relación entre enfermedad psíquica y marxismo. Para Vallejo Nágera, Lenin era un «paralítico general, misántropo, irritable, explosivo, embustero, homosexual, paranoide, epileptoide, impulsivo, alcohólico y psicasténico».

El volumen recoge un trabajo sobre las «raíces prehistóricas» de la España franquista. El sistema educativo e investigador español de los primeros años de posguerra halló en los pueblos prerromanos de la Península las bases de una España prehistórica «unida». El trabajo constituye una buena muestra de cómo la manipulación política del presente permite «encontrar», hasta en el pasado más remoto, todo aquello que resulta útil para la propaganda oficial.

También el estudio que se dedica a la instrumentalización del folklore por parte del franquismo analiza la fabricación de nuevas raíces históricas para un nuevo régimen político. La dictadura creó mitos culturales que pretendían legitimarla mediante el recurso a la identificación con supuestas tradiciones ancestrales. Esto quedaría plasmado en forma de himnos y de canciones, en el uso de la simbología religiosa o en el mito de un sustrato campesino que proporcionaba un referente de origen no conflictivo.

Otro capítulo aborda la cuestión de las características étnicas a través de la producción bibliográfica de Julio Caro Baroja. En su obra se cuestiona la validez científica que posee la construcción de identidades humanas colectivas. Caro Baroja consideraba que los mecanismos de elaboración de estereotipos nacionales son idénticos a los estereotipos étnicos establecidos entre pueblos y regiones. Todos se asientan sobre mitos, sobre posturas pasionales ante situaciones tenidas por buenas o malas, pero

no en hechos científicamente observados y observables. Las investigaciones del historiador y etnógrafo vasco sobre minorías contribuyeron a desmontar la imagen esencialista de España y destacaron la diversidad y la naturaleza cambiante de las identidades colectivas. El capítulo también se ocupa de las soluciones ofrecidas por Caro Baroja para el análisis de las mentalidades.

El caso del psiquiatra marsellés Edouard Toulouse (1865-1947) es una buena muestra del uso de la «neutralidad» científica para justificar proyectos políticos autoritarios. Toulouse ideó una organización social utópica, la biocracia, en la que el estado debía ajustarse a las leyes de la vida para preservar la sociedad y mejorarla. La psiquiatría debía llegar a ser el principal cimiento del estado. Probablemente, será cuestión de tiempo.—RAMÓN TRUJILLO MORALES.

